

VERSIONES, CONVERSIONES Y PERVERSIONES

(CUENTOS)

Enrique González Rojo Arthur

1999

LOS GEMELOS

La madre no había previsto un sufrimiento de tamaña intensidad y duración.

Quedó exhausta. Corrió de un lado a otro en sus adentros para hallar algunos jirones de voluntad en lucha y la decisión inquebrantable de no ceder a la desesperación ante la posibilidad, a la hora de dar a luz a sus vástagos, de arrojar hacia la sombra su pobre cuerpo martirizado...Luchó ferozmente pero sus esfuerzos y segundos estaban contados. Finalmente, en el mismo lecho hicieron su cita la muerte de la progenitora y el nacimiento de los involuntarios responsables de su muerte.

Los gemelos habían nacido con unos minutos largos de diferencia. No eran idénticos o simplemente versiones diversas del mismo código genético. Eran sosias, sí, mellizos traídos al mundo casi al mismo tiempo como Castor y Polux o Sieglina y Siegmundo; pero también eran distintos, y la historia, la biografía, la existencia y sus itinerarios se encargarían de velar las peculiaridades de este par de individuos que nacieron al mismo tronar de dedos, tras de matar involuntariamente a su madre, y que, podemos adelantar, habrían de morir a idéntica hora.

Por tan común y corriente, la vida de los gemelos no vale la pena de ser contada. Ambos tuvieron una

educación semejante. Su padre, vuelto a casar, les brindó oportunidades análogas de desarrollo y ellos cursaron carreras universitarias similares (abogado el uno, ingeniero el otro), se casaron con mujeres parecidas, fueron haciéndose pacientemente de similares prejuicios y crearon familias comparables. Pero tenían el corazón y el cerebro dedicados a recitar diferente historia. Los dos pensaban y sentían profunda y voluptuosamente; pero sus opciones, sus apasionamientos, su mitología pertenecían, hay que decirlo, a diferente signo zodiacal y ocupaban un muy diverso territorio en la geografía de las concepciones del mundo: uno de los gemelos militaba en el ateísmo más extremista, mientras el otro se había ido definiendo gradualmente como un nuevo cruzado del cristianismo más belicoso. Los hermanos habían olvidado cómo se conversa, cómo se intercambian sueños, esperanzas, opiniones y porciones completas de los órganos internos. Los dos se hallaban permanentemente en pie de guerra. No platicaban, sino discutían. Cada uno quería ser el misionero o salvador del otro. Federico, el ateo, soñaba con reducir a la impotencia al iluso tras de feroz combate. El cristiano, Agustín, alucinaba con tornar al redil de la santa palabra al descarriado. Uno quería arrebatarse al otro las especiosas argumentaciones del incienso, mientras que el segundo hacía votos porque se llenaran de cuarteaduras y se vinieran abajo los silogismos del azufre. Ambos ocupaban diversas posiciones, corrían de un lado a otro, amueblaban de modo diferente sus trincheras, se desgañitaban en la

ciencia del matiz o en la técnica del énfasis; pero nunca accedían, y ni siquiera intentaban aproximarse, a la zona de la conciliación de los contrarios, de la negociación metafísica, del acuerdo de los gladiadores. Y así se pasaron la vida entera hasta que -acompañado por el estruendo de toda la sección de percusiones- vino el accidente.

Habían subido al automóvil para salir a la carretera. El exceso de velocidad no fue el único culpable. También la mancha de aceite, la lluvia pertinaz y la falta de pericia del chofer, colaboraron a que el auto se saliera del camino, diera varias vueltas a campo traviesa hasta quedar volcado por completo y con las ruedas todavía en insistente rotación.

Los hermanos quedaron gravemente heridos. Se golpearon distintos sitios del cuerpo y, de manera más o menos semejante, se ubicaron a un tiempo al borde de la muerte. Tras de pasear su alarido por la ciudad entera, la ambulancia acabó por recogerlos.

Malheridos, inconscientes al principio, quejándose al unísono, atendidos por un puñado inquieto de médicos, auxiliados por una ciencia y una técnica empeñadas en retrasar lo más posible la cita inexorable con la agonía, logran intercambiar ideas. Pocas, pero emotivas. Balbucientes, pero exaltadas. Entusiasmo entrecortado, desde luego. Diálogo lentísimo las más de las veces, pero veloz, chisporroteante en segundos.

-Mi carnal -dijo Agustín- tengo un gusanito en el corazón.

-¿Un gu-sa-ni-to?

-Sí...eso... O, si prefieres, una pinche polilla...intrusa e indiscreta.

Federico lo vio de reojo:

-Ah, estás poetizando.

Este intercambio de palabras se llevó a cabo más o menos en media hora. Entre la frase “una pinche polilla...intrusa e indiscreta” y la siguiente: “Ah, estás poetizando” transcurrieron, por ejemplo, veintitrés minutos. Después hubo un silencio de un día. Cada hermano se dedicó de tiempo completo a sus dolores, molestias, zozobras. Así como los cuerpos, al sentirse enfermos, buscan los amorosos brazos de la cama, las almas malheridas tienden a confinarse en su cuerpo, a arrebujaarse en la propia epidermis, a acomodarse en un organismo que, sin puertas, sin ventanas, y por tanto sin el **afuera**, es un mundo encogido al tamaño de la envoltura que carga cada quien.

Pero Agustín reanudó la plática.

-Hermanito, tú y yo no nos acercamos a la recta final.

¿No? De veras...

Agustín guardó un silencio de diez minutos. Después continuó:

-Nos acercamos más bien al punto final de la recta final.

Federico pudo hacer a un lado los dolores y dijo:

-Y ¿cuál es tu duda, tu gu-sa-ni-to o polilla, ahora que te estás...que nos estamos...muriendo?

-Dudo que Dios exista. Todavía más...-Agustín no pudo terminar la frase por un acceso de tos que le ponía una vez y otra y otra zancadillas a su respiración.

Pasaron dos minutos. Tres como máximo. Federico, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tomó ahora la palabra:

-Me asombras...Tú eres el mocho de la familia...Siempre has adorado a Cristo...Eres un hombre de fe...de convicciones...de seguridades...

Agustín se removió en el lecho.

-Dudo que exista. Ni modo. Aún más: ahora sé...que es una ilusión... O quizás...

Llegaron dos enfermeras. Una le puso el termómetro en la boca a Agustín e interrumpió la frase. La otra fue a revisar si el suero de Federico continuaba con el goteo adecuado. Ambas externaron la amabilidad postiza de las mujeres dedicadas desde hacía tiempo a estos menesteres.

Sobrevino la noche. El piso del hospital se llenó de sonidos ambiguos: respiraciones profundas, entrecortadas por ronquidos al borde del ahogo, quejidos ensartados en un aliento inseguro pero persistente, alaridos disueltos en jadeos, estertores

que empujaban y empujaban a lejanos cuerpos al precipicio.

Agustín tenía los ojos abiertos. Repartía su atención entre un dolor en la espalda que lo atacaba de vez en vez -con la intermitente terquedad de la punzada- y sus disquisiciones vaporosas y delirantes sobre la metafísica. En voz muy baja -mas audible para Federico- musitó lenta pero firmemente:

-Mira qué revelación he tenido...Dios no puede existir...El dolor, éste que sientes tú, que siento yo, que sienten estos pobres pendejos que nos rodean...que sufren los niños enfermos...los locos, los heridos, toda la especie humana es incompatible con la existencia de Dios. La muerte, ésta que...

-¿Que qué?- carraspeó Federico.

-Que me está guiñando el ojo, y a ti también, es la prueba indiscutible...el argumento definitivo...la convicción inapelable...de que Dios es un sueño...un invento...un fraude. En las lágrimas del niño que sufre podemos leer la inexistencia de Dios.

El esfuerzo fue mayúsculo. La fatiga lo tomó en sus manos, le tapó los oídos, le clausuró los ojos y lo condujo a los linderos del sopor. Y así hasta la mañana siguiente. No fue un sueño reparador. Pero, no obstante, le permitió oír a Federico que, con gran debilitamiento, dejaba oír de su voz:

-Hermano, hermano tengo miedo. No quiero caerme...no...en el hoyo sin fondo de la nada. No quiero...

-Cálmate..por lo que más quieras...-musitó Agustín.

-Hermano. Tengo miedo. M estoy agarrando a la cama...

-¿Por que?

-Por temor a caer en el precipicio...A un precipicio infinito...Hermano, tengo pavor...No logro serenarme. No alcanzo tu mano...Me arrepiento de mi soberbia...

-Pero si tú eres ateo.

-No. Ya no. El hombre que sufre, como yo, como tú, como los demás necesita...Me siento reconfortado...Animoso...Ahora creo...Mira: frente a mí hay un Padre amoroso que me espera con los brazos abiertos.

Los gemelos murieron con unos minutos largos de diferencia. El ciclo de su vida se cerró casi de manera circular. La muerte próxima los redefinió como personas. La ley del trueque de contrarios reafirmó su monarquía: Agustín se convirtió en Federico y Federico en Agustín.

Dios y la nada cambiaron de sitio.

PEDRO ANGEL

Había nacido para ir al grano. Su patrimonio, incrementado sin cesar, encarnaba en su portentosa inteligencia y en su impresionante erudición y no en el vulgar tintineo de la cuenta bancaria. Bien pronto dejó de andarse por las ramas, puso a las apariencias del lado de los espejismos y tomó su mandolina para cantarle las endechas más seductoras a la esencia oculta en sus mil escondrijos o a la realidad que accede a danzar si y sólo si se cubre con siete velos. Llegó a la conclusión, entonces, de que había tropezado con la puerta, el ojo de la cerradura y el sitio privilegiado del espía que puede detectar las intimidades de lo verdadero, sorprenderlas en su privacidad más descarnada y, convertido en su cronista, hablar de ellas al mundo con la seguridad que da la experiencia y la buena documentación que proporciona saber en dónde, qué y cómo buscar.

No todos tenían el privilegio del conocimiento. No todos habían logrado el intercambio de quemazón de sus pestañas por sabiduría. Él se hallaba convencido de formar parte de los elegidos, de ser miembro de la orden “de la materia gris”, de tener el temple de escalar las más altas montañas para traer a los humanos el botín del cielo. Un hombre que había accedido a tantos y tan espectaculares tesoros, necesitaba, claro es, una cátedra.

Pedro soñaba con el examen de admisión y con la adquisición del nombramiento vitalicio que le permitiera hacer que sus discípulos examinaran con la atención debida, la memoria pertinente y la labor clasificatoria insoslayable el reguero de piedras preciosas que, conquistadas en y por la piratería de sus desvelos, depositaría generoso en las manos de sus oyentes. El tema de sus enseñanzas no era fácil: se trataba de demostrarles a sus alumnos que el cielo estaba deshabitado, que la realidad era la fe de erratas de las Santas Escrituras, que los cuentos de hadas no pueden aspirar a formar parte de la historia de la filosofía, que él, que ellos, que todos, estaban dejados de la mano de Dios porque el Padre nuestro derrumbado de su pedestal y convertido en escombros no puede tener manos.

Aunque no le gustaba del todo la palabra, Pedro soñaba con tener un púlpito desde el cual pregonar el ateísmo. Quería hacerse de un micrófono para decirle a los hombres que la muerte no es una estación de paso o un punto y seguido, que el más allá no es sino el delirio pergeñado por el deseo, que el corazón, con las palpitaciones de sus últimos segundos, inexorablemente se transformará en el bajo continuo de su propio *requiem*.

La fecha de su conferencia estaba próxima. Dentro de quince días -se imaginaba- él se hallaría en el estrado, con una pizarra como telón de fondo, una mesa llena de libros, un vaso colmado de agua para aclarar su

voz y llevar la limpieza a los propios conceptos. Su disquisición iba a deslizarse en un doble plano: hablaría de por qué el cerebro pero también el corazón no pueden aceptar la idea de un Supremo Arquitecto que ha creado el mundo, ha gestado a los hombres y ha dado a luz, al mero tronido de sus dedos, el sentido general de todo lo que existe. Hablaría de eso y lo haría en una clave específica: la de lo irrefutable, la de lo incontrovertible, la del convencimiento.

No le cabía la menor duda. Él era el misionero de la nada. El profeta de la muerte sin resurrección de toda divinidad. Su palabra tenía que llegar a los humanos. Ya estuvo bien de tanta ceguera, de tanta confusión, de sueños tan inútiles y de anhelos tan baladíes. Ya estuvo bien. Faltaban unos días, y Pedro se impacientaba al no poder precipitar las cosas o adivinar el modo de pisarle el acelerador al tiempo.

Dos días antes de la conferencia, y mientras hacía notas en un cuaderno y enlistaba los temas a tratar, sintió de repente la comezón en medio de la espalda. Le molestó a tal grado que hubo de levantarse y buscar un instrumento punzo cortante –tal vez un cortapapeles- para rascarse en ese lugar vedado para sus propias manos. Lo hizo y respiró serenamente por algún tiempo. Pero al cabo de algunas horas, la irritación se presentó de nuevo y lo hizo con la picante y dolorosa necesidad del prurito. Por más que se rascaba, se frotaba contra la pared, la sensación proseguía, insatisfecha, demandante. Pedro tomó una

pastilla para dormir. Y esa fue la única manera de escapar a la extraña sensación que se le había apostado en la espalda.

Durmió durante algunas horas. Pero al fin volvió a la vigilia. Lo despertó no la disipación natural del sueño, sino la incomodidad de su cuerpo en la cama. Algo le había crecido detrás de él y en los hombros. Era como un bulto, un tumor o un cuerpo ajeno pero soldado a él. Se sintió turbado. Pensó en mil cosas y posibilidades, pero su mente se detuvo en la idea de un espejo. Corrió desesperadamente a su búsqueda. Lo halló en la sala de baño. Se quitó toda ropa y vio las alas.

Las palabras perplejidad, asombro, turbación se quedan cortas. Pedro sintió algo indefinible pero pesado y vigoroso que le golpeaba la cabeza y estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Se tambaleó. Se le nubló la vista y la náusea ocupó todo el trayecto que va del estómago a la boca.

-¿Por qué me han brotado estas alas como de pajarraco o...de ángel?

En su cabeza había todo, con excepción de un lugar para la respuesta. Podía, no obstante, examinar unas hipótesis. Se animó un tanto al saber que él era propietario del método adecuado para hacerlo. “¡Física, cuídate de la metafísica!”, había dicho el clásico, y él, como continuador entusiasta de ese

apoteagma de oro, podía orientar sus pasos diciéndose: “Pedro, ahora ni nunca, haremos una concesión a lo sobrenatural”

-¿Unas alas en la espalda? -insistió. Estos adminículos plúmeos propios de un querube ¿en los hombros de un ateo? No me dejaré llevar por la apariencia. Voy a atrincherarme en mi espíritu científico. Un individuo a quien el raciocinio devastador de la crítica y el mandato imperativo de la moral humana han convencido de que Dios no existe, sino que es obra de la compleja maquinaria de la ilusión, no puede aceptar de pronto, de modo acrítico y basado en la aparición de un enigmático apéndice en la espalda -semejante a los instrumentos de locomoción de los seres imaginarios- que ha habido un implante milagroso en su cuerpo. No puede aceptarlo.

Reflexionó un momento.

-Tal vez se trate de una mutación genética -musitó, siendo él mismo el destinatario de su observación. Quizás había algo en mi ADN...

No pudo continuar la frase porque advirtió que, de la misma manera que desde sus neuronas, dendritas y sinapsis podía enviar la orden de moverse a sus brazos, manos y dedos o a su vientre, sus piernas o sus pies, le era dable ordenar a sus alas moverse. ¡Con qué exactitud obedecían sus mandatos!

-A lo mejor hasta puedo volar -farfulló entre dientes.

Pero había algo más importante que hacer ahora: hallar unas hipótesis –que podrían demostrarse más tarde- que explicaran razonablemente la aparición de la excrecencia y que impidiera que el espíritu místico, presto a alimentarse de cualquier indicio, por chapucero que fuera, de ruptura del orden natural, volara como buitre a alimentarse de la carroña de la apariencia.

-Tal vez en la espiral del ácido desoxirriibonucleico, que es el acta de identidad de mi código genético, se mezcló un elemento exógeno que actuó como factor recesivo durante un sinnúmero de generaciones hasta irrumpir ahora con las ínfulas de lo maravilloso...

Llegó el día de la conferencia. Pedro tomó la escisión de velar sus protuberancias con una capa. Lo hizo con sumo cuidado para que nadie entre el numeroso auditorio llegara a sospechar que, bajo la prenda de vestir que lo recubría por entero, su cuerpo presentaba una enigmática deformación. El resultado de ello fue que el conferenciante asumió la inocultable apariencia de un jorobado. Cuando, llevando sus papeles bajo la axila, hizo su aparición en el auditorio, muchos se sorprendieron de que el conferenciante cargaba, dromedario erudito, una corcova gigantesca.

Pedro empezó a hablar. A pesar de lo profundamente que conocía el tema, inicialmente lo hizo con alguna

vacilación y timidez. No obstante, poco a poco su voz fue adquiriendo mayor seguridad y sus citas, sus conceptos, sus argumentaciones se deslizaron con mayor agilidad, con envidiable virtuosismo, con sorprendente brillantez. Tras este cambio, libró un verdadero duelo a primera sangre con las pruebas de la existencia de Dios. El público no comulgaba con sus ideas. La primera parte de su alocución, cuando él todavía se encontraba cohibido, fue recibida con frialdad y hasta podría decirse con desagrado y reticencia. Pero cuando Pedro se serenó, halló el tono adecuado de su voz y dejó a un lado definitivamente el sonido medroso y balbuciente del principio, se adueñó de golpe de la atención del público. Fue entonces cuando, para desgracia suya, fue ganado por la elocuencia. Empleó el tono elegíaco de la imprecación. Vinculó al hilo de su voz la maestría de los matices y elevó los brazos a la búsqueda del ademán convincente y la impresión inolvidable. La violencia del movimiento hizo que se le viniera abajo la capa, que él no pudiese detenerla y que se irguieran, amenazantes y portentosas, enigmáticas y subyugantes, las alas que habían anidado en sus hombros y su espalda.

El efecto de esta aparición fue indescriptible. Varias personas cayeron de rodillas y empezaron a gritar. Otras, con las lágrimas en los ojos, comenzaron a darse golpes de pecho. Algunos, echando mano de rosarios y camándulas, iniciaron interminables, oscilantes y rugientes rezos.

Pedro hizo esfuerzos sobrehumanos para detener estas muestras de fe y misticismo.

-No son algo sobrenatural -dijo, señalando sus alas. Se trata tal vez...de una mutación genética.

La gente no lo escuchaba, o si lo escuchaba, no lo entendía ni le preocupaba entenderlo.

-Quizás había algo en mi genotipo, en mi ADN - insistía...Quizás en la espiral del ácido desoxirribonucleico se mezcló un elemento exógeno...

El público se había puesto de pie, y miraba enternecido a Pedro:

-Nuestro conferenciante no es un jorobado.

-No es un ave.

-Es un ángel.

-Sí, es Pedro Ángel.

-O el ángel Pedro.

Pedro proseguía, desesperado:

-un elemento exógeno que actuó como factor recesivo...

Varios individuos de la primera fila se acercaron a él y, con un inesperado golpe, le arrancaron unas plumas de sus alas y las apresaron en el cuenco de sus manos como si fueran reliquias. Esto hizo que Pedro

Ángel, adolorido, suspendiera la plática. Volvió los ojos a los asistentes y advirtió cómo, ya levantados, se acercaban amenazantes a él. Caminó unos pasos atrás. Pero la gente avanzó y se puso a su lado. Afortunadamente a sus espaldas se hallaba la terraza contigua al auditorio y Pedro Ángel no tuvo dificultad en abrir la puerta y salir intempestivamente. La grey, feroz, rugiente, se le lanzó encima.

Pero entonces Pedro Angel aleteó, aleteó desesperadamente hasta elevarse por el aire, con la convicción de que, batiendo sus alas, y llevándose su materialismo bajo el brazo, protegía con su huida lo mundano y científico, dejando a sus pies la turbamulta de fanáticos religiosos que no lo habían escuchado ni entendido. A punto de despertar, todavía alcanzó a imaginarse que volando conseguía por fin huir de la Casa de Salud donde se hallaba recluido.

CUERPO DE PALABRAS

Durante el ascenso de todos los peldaños de la escalera que es necesario salvar para llegar a mi departamento, venía distraído, pensando en no sé qué, rumiando esbozos de ideas, perfiles de conjeturas, recuerdos grises con tendencia al blanco; giré a mi derecha al llegar al pasillo, atravesé con lentitud y pereza los metros que me faltaban; llegué ante mi puerta y miré -con ese asombro indiferente que llamamos curiosidad- un letrero en que se podía leer: PINTOR. Yo, que soy, o pretendo ser poeta, pensé de momento haberme equivocado de lugar. Vi el número arriba del dintel: era el mío. Introduje la llave en la cerradura: no tuve dificultad. Accedí a mi hogar-dulce hogar con la certeza de que entraba en un recinto en que no había ningún menoscabo de identidad: la mesa, los cuadros o las sillas no habían aprovechado mi ausencia para cambiar de sitio; el cenicero mostraba como siempre las tres colillas que habían sido eternizadas por mi desidia; el polvo, prendido con sus uñas y dientes a los muebles, proseguía dándole un brochazo dorado a los enseres todos de la sala. Mi departamento seguía siendo el mismo. Pero supe de pronto que yo era PINTOR y no otra cosa. Mi pasado -el poeta que fui, o que quise ser- se perdió en alguno de los pliegues más espesos de la amnesia, y supe que era pintor, que siempre lo había sido y que no me quedaba más remedio que continuar siéndolo hasta los estertores que rubricarán mi

existencia. Mis pensamientos eran ahora pensamientos de pintor. Me hallaba calibrando tal circunstancia, cuando sentí un fuerte golpeteo, con nudillos y palmas de la mano, en mi puerta.

-¿Quién es? -grité malhumorado
-¡Nosotras! -aullaron al unísono las voces.

Abrí la puerta. Y aparecieron frente a mí cinco mujeres guapas, provocativas, con el atuendo, el guiño en los ojos y los ademanes de la insinuación. Mi casa semejaba haber sido invadida por las finalistas de un concurso de belleza o, si se prefiere, por la competencia sin cuartel de cinco marcas agresivas de perfume.

-Venimos -dijo una de ellas- por su anuncio en el periódico.

Saqué de no sé dónde el recuerdo. Había mandado publicar en un diario el aviso de que necesitaba una modelo para pintar un desnudo. No recuerdo los términos exactos de mi nota en el periódico. Pero más o menos decía o debía decir: Pintor requiere modelo para pintar desnudo. Buena paga. Presentarse a tal lugar y a tal hora.

Recordé de repente todo con precisión. Se me había metido entre ceja y ceja la idea de pintar una nueva **maja desnuda**. Cuando, siendo estudiante de pintura, admiraba las dos majas de Goya -la vestida y la

desnuda- sentí siempre que, si se compara la una con la otra, la desvestida no lo estaba suficientemente. Mostraba su espléndido cuerpo, sí, pero no insinuaba los rumores de lo interno, los jeroglíficos de la afectividad, las confidencias de la entraña. Así como Goya había despojado de ropas a la maja vestida, yo tenía la pretensión singular de quitarle velos a la maja desnuda del pintor español. ¡Nada menos!

Las cinco aspirantes a modelo se hallaban frente a mí. Cada una buscaba en mis ojos la preferencia sin titubeos. Las dos de la izquierda, se levantaron la falda y me mostraron los tobillos, las rodillas y los muslos de unas piernas gráciles, atractivas y bien formadas - morenas las unas y blancas las otras. No me impresionaron. Abrí la puerta y les hice a sus poseedoras el ademán autoritario de que abandonaran la estancia. Las dos de la derecha se quitaron la blusa, el fondo y el portabustos y me dejaron ver la cálida turgencia y la marea excitante de sus senos - instalados en diferente matiz de la blancura. Me dejaron frío. Torné a abrir la puerta y repetí el gesto de unos segundos antes.

La de en medio no hizo el menor intento de despojarse de nada. Segura de sí misma me inquirió:

-¿La maja desnuda, no?

-Sí, ese es mi propósito -concedí. Estoy esperando que me enseñes...

Avanzó resueltamente a mi lado.

-Deseo más que nada en el mundo que me pintes desnuda.

-Entonces déjame verte.

Me paró en seco.

-No tengo la menor intención de quitarme la ropa. Pero voy a hacerte una proposición.

Sin esperar mi respuesta, añadió:

-La forma en que deseo que me pintes desnuda es así: yo, tu maja, me voy a acostar en ese diván que se halla frente al lienzo. Me recuesto en él. Tú, paleta en mano, te diriges al caballete. Yo empiezo a hablar y hablar y tú inicias el trabajo del pincel. Yo te digo cómo son mis piernas, mis rodillas, mi vientre, mi cuerpo entero y tú, guiado por mis palabras, me vas pintando. Si lo hacemos así, no serás tú quien me pague...sino al revés.

Fue un reto y acepté. El retrato de Ana no lo hice de golpe. Fueron necesarias varias sesiones. Algunas muy productivas porque ella hablaba y yo no dejaba reposar al pincel. Pero otras tropezaban con el **cartujo** silencio de ella o con mi desidia -o torpeza para trabajar. No obstante las dificultades, un cierto desnudo fue naciendo poco a poco, como Venus del mar, de los estratos semovientes de la tela.

Pero algo estaba resultando mal. O ella deshollinaba torpemente su chimenea con palabras medrosas, cautas y defensivas, o yo, por más búsquedas que hacía, no lograba descubrir su verdadero cuerpo en el interior de la tela. El caso es que mis pinceladas gradualmente fueron redondeando un desnudo sí, pero convencional, insulso y amanerado como si en mí resucitara el pintor primerizo y académico hipnotizado por su inicial modelo.

Un día ocurrió, no obstante, algo que no puedo dejar en el tintero, como diría un escritor decimonónico: la mujer hablaba y hablaba; pero bien pronto me di cuenta, como otras veces, que tal locuacidad fosforescente no era sino una manera en que Ana escondía con locuciones opacas lo que deseaba y no deseaba decir. Yo ya me había percatado de la maestría con que ella tendía a dibujar círculos viciosos que flotaban de común en el aire. Y me estaba desesperando porque su parlanchina faena de enmascararse repercutía en mi pincel, dada la imbricación de mi mano y sus palabras. Así estaban las cosas, cuando, entre las muchas voces que salían de su boca, se oyó de pronto un gruñido. Ana fue la primera en asombrarse. No se trataba de un carraspeo o una tos producida por el humo de mi cigarrillo. No se estaba aclarando la garganta, ni se trataba de una momentánea disfunción de la traquea. Nada de eso. Era un gruñido. Y lo más asombroso de ello es que sentí, si se me deja expresarme de ese modo, un

cosquilleo inspirado en mi pincel que me hizo rectificar una de las líneas que dibujaban el vientre...

Ella, como en éxtasis, empezó entonces a narrarme:

-hace tiempo, me creía una mujer normal, con una sangre común. Y, desde luego, corriente. Mi forma de hablar, escuchar, rechazar y desear el amor cabía dentro de la media...

-¿Dentro de qué? -preguntó mi estulticia.

-Dentro de la media que somete a raya a los extremos y le rinde culto a la equidistancia.

Ella me vio un momento y, tras de apreciar la atención desorbitada de mis ojos y mis oídos, prosiguió:

-Pero ahora algo ocurre en mí cuando anochece y se quedan azorados mis instintos contemplando el plenilunio...

-¿Te impresiona la luna llena? -logré preguntar.

-Hay entonces una voz -¿la del deseo?- que muge y muge en mis recintos -me respondió.

Mi mano se movió con destreza en el lienzo y arrojó un manchón oscuro en su pubis. Antes había pintado la Y infantil, inocente, purísima, que carga toda mujer en la entrepierna. Pero ahora con mi trazo emborroné la candidez y puse a rugir a un cuerpo.

Ana me habló de cuando niña. Me leyó las páginas más escabrosas pero al mismo tiempo ingenuas de su

diario. Me contó de los cambios de su organismo cuando sus senos empezaron a erguirse como campos sembrados de erotismo, cuando el vello del pubis nació como un islote aún pequeño de animalidad, rumiando avergonzado sus pocos centímetros, y cuando se vio en la necesidad de pagar puntualmente una púrpura mensualidad para poder seguir habitando una vivienda cada vez más redondeada, provocativa y voluptuosa. Mis oídos, mis manos, mi pincel no daban crédito a lo que escuchaban. El desnudo ya no era el fin deliberado de mi quehacer creativo, sino la materia prima de mi elaboración. ¿Por qué pinté una mata rizada de cabellos ensortijados entre sus pechos? ¿Por qué sombree sus piernas con un **puntillismo** metódico y detallista? ¿Por qué mi pincel se lanzó a la cacería de un hocico que adiviné en su boca como relampagueo de una visión que aparece y desaparece?

Mi obra fue ganando en precisión, colorido, singularidad. Pero ya no me hallaba reproduciendo a una mujer. En mi faena de desnudar a la maja desnuda, la fui revistiendo, llenando de pelambre, arrojándola al pozo de sí misma. Mis ojos me habían guiado para reflejar la silueta que se hallaba retorciéndose en el diván. Pero mis oídos, atentos a los aullidos que en el peñasco de su esqueleto elevaba la loba, me habían permitido ir a la mujer verdadera, a sus jadeos, a su pasión en celo.

-Durante el día -siseó de pronto- puedo llamarme Estela, Guadalupe, Catalina o Inocencia. Al salir de mi casa, tomo de la percha mi nombre y me lo pongo como siempre; pero en la noche, a la luna en punto, me llamo siempre loba, y no puedo conservar mi humanidad ni con un chisporroteo de silogismos ni con un griterío de neuronas.

Quise volver a la tela. Pero ella continuó:

-Mi metamorfosis comienza con un aumento del olfato: puedo oler las flores del más allá, si es que existen. Los geranios increados. La pista inexistente del crimen perfecto. Luego vivo refinamientos de la vista: miro al través de la trama y descifro las señales de humo de la esencia en los entresijos de lo aparente. Después queda de par en par abierta la jaula de mi cuerpo...

Fue entonces cuando caí en cuenta de la atracción que Ana ejercía sobre mí. Mi ética de pintor -el artista nunca, por ningún motivo, puede aprovecharse de su modelo-, enflaqueció de pronto, chocó con las paredes de mi cráneo, dio tumbos por el cuarto y buscó su lugar en el cesto de basura. Veía a Ana en el diván y en la tela, miraba el aquí y el allá, lo visible y lo invisible, la mujer y sus órganos internos, y me sentía fuera de mí, asediado por el deseo, con todos mis instintos al garete.

Ana, mi loba, volvió a rugir. Había trascendido ya las palabras. Yo hice a un lado el pincel, y mostré la

intención de aproximarme a ella, cuando mi modelo, con una rapidez vertiginosa e inesperada, se levantó del diván, tomó del caballete la pintura y se la puso bajo la axila, dejó caer unos billetes en el piso y salió de la estancia dando un portazo.

Me quedé clavado por la estupefacción y sin saber qué hacer. Ciertamente me repuse a los pocos minutos o segundos. Y me lancé a su persecución. Pero ella bajó las escaleras con una rapidez inimaginable, tomó el automóvil que había dejado al pie del edificio y desapareció para siempre. Yo me quedé apabullado a mitad de la calle viendo cómo un auto se pasaba un alto para precipitarse aún más en su acción de desaparecer de mi vida.

Durante el ascenso de todos los peldaños que es necesario salvar para llegar a mi departamento, volví distraído, pensando en sí sé qué: meditando en la huida de mi loba... Giré a la derecha al llegar al pasillo, atravesé con lentitud y pereza los metros que me faltaban; llegué ante mi puerta y miré con curiosidad colgado en ella un letrero en que se podía leer POETA. Vi el número arriba del dintel: era el mío. Introduje la llave en la cerradura: no tuve dificultad.

UNA AVENTURA

Los Casarín-Hernández no tardaron mucho en caer en cuenta de que el matrimonio es la maquinaria ideal para transmutar el amor en rutina. Se trata de algo así como un molino especializado en la implacable y cruel molienda del entusiasmo, la magia y el misterio hasta triturarlos y volverlos el polvo irrespirable de la costumbre, la repetición mecánica de ademanes y actitudes y, confesadamente o no, un hábito remendado de bostezos. La rutina parece ser la diabólica realización de un programa de robots; pero se aviene perfectamente con personas que, cercenadas del enamoramiento y la poesía, se dedican a los placeres del menor esfuerzo y a las delicias de la falta de imaginación.

Alonso y Dalia se despertaban al mismo tiempo. Después de desperezarse, se dirigían a su respectivo baño a darse un regaderazo, secarse, vestirse, peinarse y cepillarse los dientes. Las ceremonias del desayuno, la comida y la cena eran siempre igual: los alimentos, desplegados en la mesa por la sirvienta, recibían pronto el aderezo, sin especias ni sal, de la insípida conversación dada a luz con lugares comunes, silencios pesados, difíciles de remover, y resoplidos familiares. Y así, de común, todos los días. Continuaban haciendo el amor, pero como una actividad cada vez menos placentera, aunque obligatoria, para conservar la ilusión de que el suyo

proseguía siendo un matrimonio y que entre ellos no pasaba nada, sino tiempo.

El ocho de enero Laura, hermana de Dalia, invitó a los Casarín-Hernández a su cumpleaños en el palacete que ella y su marido tenían cerca de Ixtlahuaca. Hubo mucha gente, alguna alegría, un reguero de chistes desangelados y exceso de alcohol. Ni Alonso ni Dalia eran dados a empinar el codo; pero en ese miércoles en la noche y en ese jueves en la madrugada, ambos se pusieron hasta el gorro y complacidos de las bondades de la líquida escalerita por la que el ron o el vodka se les subían a la cabeza, fueron los últimos en despedirse, prender el motor de su automóvil y tomar la carretera de vuelta al Defe. El coche fue devorando rápidamente kilómetros y kilómetros de pavimento. Pero de pronto, Alonso divisó que una hilera de piedras había sido colocada por quién sabe quién para interrumpir el paso. En ese momento la embriaguez se le cortó de golpe. Dalia no tomó las cosas tan trágicamente. Y hasta con cierto alborozo dijo:

-Ojalá que se trate de una aventura.

Alonso dirigió un relámpago de disgusto a su compañera. Detuvo el automóvil. Vio a un lado y al otro. Empezó a buscar en la guantera el viejo revólver. Prendió de nuevo el motor y metió reversa. Tornó a detenerse, y explicó a Dalia:

-Mientras echo la luz de los faros a las piedras, ve a hacerlas a un lado. Yo desde aquí vigilo y si alguien se acerca a ti le arrojó encima el coche. Y siguió hurgando en la cajuela. Cuando ella abrió la portezuela del ford, aparecieron los tres hombres: el “Oso”, el “Palillo” y el “Mazorcas”.

El “Mazorcas” agarró e inmovilizó a Dalia. El “Oso” abrió la otra portezuela y sacó a empujones a Alonso. El “Palillo”, que había sorprendido los ademanes de Alonso en la guantera, subió al coche, hurgó en ésta, y sacó triunfante la pistola. Después puso a andar el automóvil y lo escondió entre los matorrales.

Ahora los tres estaban armados: el “Oso” con una navaja, el “Mazorcas” con una escopeta y el “Palillo” con el revólver de Alonso. El “Palillo”, que lidereaba la gavilla, habló entonces:

-Caifás, *may frends*, con todo lo de valor que traigan.

Los esculcaron. Los revisaron de arriba abajo. Y también al coche. El botín fue en extremo raquítico. Nada de verdadero valor: dos relojes baratos, tres plumas viejas, una cartera con doscientos pesos de él y una bolsa con ciento treinta de ella. Y párese de contar.

-Carajo, este trabajito no nos sacará de pobres ni nos alegrará la semana -dijo el “Mazorcas”, poniendo su

desagradable risa en medio de todos. Y algo parecido a la consternación se adueñó de los asaltantes.

El “Palillo” se repuso pronto y se dedicó a ver a Dalia con la actitud de un comerciante que evalúa una mercancía que va a revender.

-Se me está ocurriendo algo -dijo a sus cómplices. Llevemos a nuestras palomitas al jacal y ahí les explico todano.

El “Oso” se puso detrás de Dalia y con empujones la hizo caminar. Otro tanto hizo el “Mazorcas” con Alonso. La lúgubre comitiva caminó durante quince minutos, tiempo empleado también por el matrimonio Casarín para hacerse de una idea, aunque vaga, de los delincuentes. El “Oso” era un hombrón de dos metros de alto, fornido a decir basta, con un rostro de rasgos mongoloides que gritaban la presencia del retraso mental. Hablaba con monosílabos y obedecía sin chistar a sus compañeros. Tenía al “Palillo” como su padre, hermano mayor, Dios -escójase lo que se quiera. Pero no dejaba de oír y atender los deseos del otro. El “Mazorcas” era alto, de buen cuerpo, con ojos grandes sombreados por unas ojeras fuera de serie. Tenía un exceso de dientes, que los labios gruesos a duras penas lograban esconder. Inquieto como el que más se movía de un lado a otro con un cierto amaneramiento disfrazado a duras penas con los ademanes cortantes y definidos del varón seguro de su género. El “Palillo” era chaparro. De rostro feo, pero

no desagradable. Ojos brillantes e inteligentes. Asumía de modo espontáneo y sin vacilar el bastón de mando.

Una vez que llegaron al jacal -la casucha del “Oso”- el “Palillo” ordenó a sus compas que amarraran a sendas sillas a los “palomos” -como les llamaba. Y que les pusieran un pañuelo en la boca para ensordinar sus quejas.

-Queríamos hacer un robo -o perpetrarlo como dicen los periódicos- y sacar una buena billetiza. Pero ni modinski, *may broders* -dijo el “Palillo” poniendo cara de intelectual.

Guardó un momento de silencio, y luego añadió:

-Véngase acá mi “Oso”.

El “Oso” se aproximó a él.

-Dácame la palma de tu mano.

El “Oso” obedeció.

El “Palillo” depositó ahí los doscientos más ciento treinta igual a trecientos treinta pesos de la fechoría.

-Son tuyos.

El “Oso” dio los brincos que dan las almas inocentes cuando se sienten en la gloria.

-Saca el aguardiente y sírveles a nuestros distinguidos huéspedes. Sé generoso. Órale.

Los Casarín, amordazados, emitieron unos gritos guturales que, traducidos al idioma humano, querían decir:

-Desamárrenos, quítenos las mordazas, no queremos beber, déjenos en paz por lo que más quieran.

Este lenguaje de mudos -de mudos histéricos y profundamente espantados- fue interpretado a pies juntillas por el “Palillo”, quien mandó al “Oso”:

-Quítales a nuestros invitados las mordazas.

Dalia aprovechó el momento para gritar, pedir auxilio, distribuir leperadas con dedicatoria entre sus captores. Alonso creyó llegada la oportunidad de razonar, entrar en negociaciones, apelar a la moral, al catolicismo y al culto de la virgencita del Tepeyac de los malhechores. Nada de ello conmovió al trío de asaltantes.

El “Palillo” argumentó:

-Puesto que no traen la pachocha necesaria pa’ llenar la caja fuerte del jacal -y señaló el cajón de la mesa- con un rollín de billetes, cambiemos nuestro empeño: hay que medirles el aceite.

El “Palillo” se rió feliz de su puntada. El “Mazorcas”, nervioso, inquisitivo, soltó también la carcajada. Y el “Oso”, al ver a sus amigos en plena hilaridad, empezó a reír y reír hasta que se le salieron las lágrimas y unas manchas rojizas en los cachetes.

El “Oso” hacía beber aguardiente a los Casarín por la fuerza. A su pesar, ambos volvieron a estar alcoholizados y, si no eufóricos, sí avispados y enardecidos.

-A esta palomita la quiero en mi palomar -dijo al “Oso” el “Palillo”. Desamárrala, llévamela al catre y ayúdame a desvestirla.

Dicho y hecho. Nada valieron los gritos de ella, los ruegos y amenazas de su marido o los escrúpulos agazapados en no sé qué recoveco del alma del gigantón imbécil.

La orden del “Palillo” fue terminante y cumplida sin dilación por el “Oso”. Dalia fue desatada y llevada a rastras al jergón. El “Palillo” se acercó a ella. Hizo el ademán de quitarle el saco del traje de sastre que cargaba la fémina; pero fue sorprendido por la rápida y desesperada conversión de ella en una furia, de aquellas de la mitología, que alzó la mano convertida en zarpa y logró consolidar en el rostro del agresor un arañazo limpio, impreso a todo color y en donde refulgía, temblorosas aún, un sinnúmero de gotitas de sangre. El “Palillo”, a pesar de su encabronamiento,

meditó en la situación, se supo incapaz de doblegar físicamente a la briosa mujer y pidió ayuda al “Oso”.

-Apáñamela -dijo-, desnúdame y déjame inmóvil.

No sin algún forcejeo por parte de ella, la labor del “Oso” fue concluida. Tras de ser despojada de las medias, más bien arrancadas, Dalia conservó sólo las pantaletas y el brasier. Alonso, frente al cual ocurría todo, de nuevo rogó, pataleó, gritó, amagó.

Pero nadie lo oía. En el catre se hallaba la mujer inquieta, estupefacta y en pie de lucha; pero rodeada por los brazos de hierro del “Oso” y a la espera de lo peor. El “Palillo” se desvistió sin prisas y sin olvidarse de doblar cuidadosamente cada una de las piezas de su ropa interior sobre la silla, como se lo había enseñado desde pequeño su madrecita santa que en paz descansa. Se acercó a la mujer y le dio un largo, convulsivo beso. Dalia estaba no sólo furiosa, sino llena de miedo. Las manos de él, mientras tanto, habían corrido a aposentarse en los senos. Ella trató inútilmente de retirar las voraces manos del “Palillo” y de evitar que le quitara el portabustos; pero intervino el “Oso” y la mujer se quedó plenamente desnuda de la cintura para arriba. A una seña del “Palillo”, y mientras él besaba los ojos, la boca y los pezones de la víctima, el “Oso” despojó a Dalia de las bragas y se retiró unos centímetros para que el cuerpo desnudo de su amigo tomara su lugar sobre el encuerado cuerpo de la mujer. Ella pensó entonces sólo en una cosa: en la

muerte. Sentía no que el hombre que tenía encima le iba a hacer el amor, sino que la iba a pasar a cuchillo. Cerró los ojos y sintió, sí, una cuchillada. Pero no de las que, frías e hirientes, esperaba, sino de las otras... Y luego advirtió -no pudo dejar de hacerlo- un frotamiento suavecito. Se sintió besada, acariciada y penetrada. El violador seguía haciendo tranquila, minuciosa, apasionadamente su trabajo. Ante un descuido de él, ella logró zafarse; pero el "Oso" la ciñó otra vez con sus manazas y ella sintió que de nuevo el "Palillo" la prensaba contra su cuerpo. Pero ahora la obligó a cambiar de postura: él se puso abajo, colocó el cuerpo de ella sobre el de él, y tornaron los besos, las caricias y la penetración. Alonso no quería ver nada. Volvía la cara a un lado o al otro. Sin embargo, cuando oyó jadeos que provenían no sólo del violador sino de Dalia, volvió la vista y cayó en cuenta de que su mujer estaba excitada: sus ojos, su aliento y sus manos, que ya no rechazaban sino acariciaban, así lo decían. Era evidente, aunque no lo quería ni lo podía creer: ella estaba excitada y estaba participando y estaba... Dalia probablemente se hallaba pensando lo mismo. Ya no temo a la muerte -se decía. No creo que este hombre me quiera lastimar. Más bien siento rico. Ojalá que no haga sufrir a Alonso. En el momento en que pensó tal, volvió los ojos hacia su esposo y descubrió la mirada de él. Ambos se vieron, o vieron que se veían, y supieron lo que pasaba en la mente del otro. Dalia cerró los ojos...Y tornó a su placer. Sí, era eso, placer, y placer en grande, como nunca lo había sentido. El "Palillo" vislumbró que había llegado

el momento: y se precipitó galopando en busca de la culminación. Ella se aferró a ese potro galopante, supo que todo en ella estaba abierto -no sólo las piernas- y sintió, al mismo tiempo que él, que ambos accedían, electrizados por el gozo, al peñasco supremo del placer.

El “Palillo”, fatigado, se levantó. Dijo a su víctima:

-Vístete.

Y mientras ella recogía su ropa y empezaba a vestirse, él fue a prepararse una taza de café.

Se hizo un silencio.

El “Mazorcas” dijo entonces:

-Llegó mi hora. “Oso” ven acá y ayúdame.

Alonso vio desesperadamente a su mujer. Pensó: ahora la va a desmadrar el otro cabrón. Pero sintió un vuelco vertiginoso en la cabeza cuando, con una voz como la del “Palillo”, escuchó de labios del “Mazorcas”:

-Apáñamelo, desnúdame y déjame inmóvil.

El “Oso” acató la orden. Desató a Alonso. Lo arrimó al catre y empezó a desvestirlo. Alonso, como antes su mujer, luchó a brazo partido. Si cabe, lo hizo con más furor que ella. Pero la fuerza del mastodonte idiota era

mayúscula y los músculos de Casarín eran pececillos al lado de los “tiburones de fuerza” que tenía la maquinaria del “Oso”. Dalia no daba crédito a sus ojos. Hace un instante, no hubiera creído que algo la sacara de la imborrable sensación que la embelesaba y la tenía aturdida. Pero ahora, al ver a su marido prensado materialmente por el “Oso”, y a punto de ser vejado, volvió a quejarse, a gritonear, a mostrarse nuevamente furiosa. El “Palillo” se acercó a ella, le dio una palmada en la mejilla, la besó en los labios y la amarró de nueva cuenta.

Desnudo en el catre, Alonso daba sus últimos forcejeos. Pero los brazos del idiota creaban las condiciones indispensables para que el “Mazorcas” hiciera de las suyas. El homosexual se sentó junto a Alonso. Le revolvió con un dedo la mata ensortijada del vello negruzco que tenía en el pecho. Lo miró desde sus ojos y sus ojeras para advertir el efecto que ello le había producido. Alonso estaba fuera de sí. Se revolcaba inútilmente en el camastro. El “Mazorcas” acarició los hombros, las caderas y las piernas de su esclavo.

-Levántate -le exigió.

Alonso no hizo caso.

El “Palillo”, que contemplaba extasiado y divertido la escena, le murmuró:

-¿Ya se te olvidó el “Oso”?

Entonces, el “Mazorcas” le jaló la manga al idiota, y éste obligó a levantarse a Alonso, quien sólo conservaba de ropa los calcetines. Una vez que, apretado por el “Oso”, el “Mazorcas” tuvo a Alonso frente a sí, volvió a la carga con su dedo: le acarició el vientre, le hizo pequeños torbellinos en el vello del pubis y con la mano completa se agarró de la masculinidad del esposo de Dalia.

-¿Qué sientes, papacito?

Alonso se retorció y miró con indecible odio a su enemigo; pero no pudo ocultar que aquello que traía entre manos el maricón, de blanduzco e insignificante se había mutado en duro y ofensivo. El ojeroso se rio de buena gana, abrió la mano y exclamó a todos:

-Miren lo que he agarrado.

El único que celebró la puntada fue el “Palillo”. El “Oso” estaba distraído en cumplir su faena de inmovilización y Dalia se hallaba arrojada al asombro.

Después de manipular un poco la rubicunda presa que tenía en la mano, el “Mazorcas” acercó su boca henchida de dientes a la boca de Alonso. Fue entonces que percibió la mueca de asco en el rostro de su víctima.

-Jálate más chupe pa'cá -le dijo al "Palillo".
-Retenlo bien -gruñó al "Oso".

A continuación, le hizo beber otro medio vaso de alcohol al marido, e inmediatamente después, sin decir agua va, plantó su boca en la de Casarín. Lo besó, le lamió la lengua, le absorbió los restos de alcohol que se hallaban en su cavidad bucal y se derramaban por la barba y el cuello.

-Oblígalo a agacharse -mandó al "Oso".

Agachado, Alonso, pudiendo ver a su esposa, no lo hizo. Se concentró en el odio, la desesperación y un extraño sentimiento de placer que, oprimido y reprimido, no lograba salir a flote, y que lo dejó pensativo, aunque fuera de sí y a punto de desvanecerse.

La manera de desvestirse del puñal fue muy otra a la del "Palillo": arrojó sus prendas de vestir a diestra y siniestra.. Se desnudó en un santiamén y se colocó a espaldas del hombre. Le acarició la espalda, las nalgas, acercó todas sus urgencias al trasero de su víctima, y lenta, pero seguramente, con suavidad pero sin retrocesos lo penetró por completo. Descansó un rato. Pero permaneció en el terreno conquistado. Casarín se sentía adolorido y carente ya de ánimos para protestar. El homosexual evaluó bien la situación y supo que ése era el momento de empeñarse. El frotamiento duró varios minutos, durante los cuales

Alonso se olvidó de su yo, de sus principios, de su vida; no sintió otra cosa que placer, placer puro, placer sin yo. Advirtió de pronto que el “Mazorcas” se detenía, y no pudo impedir que se le escaparan las palabras:

-Sigue, sigue. No pares.

Las dijo. Dalia las oyó y él supo que ella las había oído. Pero de nuevo lo arrebató el torbellino, hasta que, con grandes y voluptuosos jadeos, ambos sujetos sacaron fuera de sí lo que, retenido durante el acto, buscó salida: el “Mazorcas” se derramó en el marido y el marido humedeció el suelo de modo espectacular.

Al poco rato, la gavilla erótica dejó en su auto a los Casarín-Hernández.

-Adiós, mi puta -gritó el “Palillo”.

-Adiós, mi puto -lo secundó el “Mazorcas”.

El “Oso” se puso, feliz, a contar su dinero.

A partir de ese momento, la rutina jamás volvió a reinar en el matrimonio de Alonso Casarín y de Dalia Hernández.

EL SILENCIO

Ana quedó aturdida y también podríamos decir anestesiada con el atropellamiento de Jorge. Todavía quince días después del sepelio no salía, no podía salir, de ese estado de ánimo. Pero al llegar ese día, o quizás un poco antes o un poco después, se disipó en su cabeza y en su corazón el aturdimiento y sintió en carne viva el soplo hiriente de la ausencia definitiva. El olor de su pareja no se había disipado aún en la recámara, en sus playeras, en la ropa interior o en la atmósfera particular del restaurante. Su ausencia estaba en todas partes como espolvoreada. Entonces empezó a brotarle a la todavía joven viuda algo que la empezó a mortificar, o si se quiere, incomodar profundamente y que ella no pudo menos de reconocer sobre todo en las noches cuando se le humedecía la frente y su cuerpo se revolvía inquieto y sin hallar reposo en las sábanas. Se trataba del deseo, de un escozor ahora secamente insatisfecho y sin posibilidades visibles de extinción.

Jorge era el segundo hombre en la vida de Ana. Su relación había sido intensa, apasionada y por qué ocultarlo francamente voluptuosa, pero breve si acaso tres años interrumpida por un accidente tan inesperado, injusto, irracional. Antes de Jorge sólo había existido el idiota y desobligado de Martín que allá en el Puerto después de casarse con ella por la iglesia y por lo civil la dejó embarazada de Lidia y la

abandonó al poco tiempo. Después de muchos años y cuando su hija tenía diez o a lo mejor once apareció Jorge y se arrojó con él y Jorge la hizo feliz y ahora con su muerte desgraciada. De Martín no volvió a tener noticias de confiar aunque las malas lenguas le dijeron que se fue con otra y que después de llenarla de hijos se había enfermado del corazón y también había fallecido pero tal no lo sabía con certeza y además ni ahora ni antes le importaba un bledo.

Lidia había estado enamorada de Jorge mas eso no lo supo ni Jorge, ni Ana y a lo mejor ni ella misma o a veces sí lo sabía y a veces se lo ocultaba y no lo quería reconocer. Por eso la muerte de si se quiere llamar así su padrastro fue también muy dolorosa para la chica de catorce años. Pero más que nada lo que la afligía era el dolor medio silencioso y sollozante pero no acallado totalmente de su mamá. Las dos mujeres madre e hija dormían en cuartos diferentes y ahí daban rienda suelta a su dolor y a su certeza de que no había modo de reparar el daño y que el sufrimiento era un huésped o mejor un intruso del que no podían deshacerse. Lidia le dijo a su madre que ya no durmieran separadas que mejor juntas para consolarse y no estar pensando siempre en lo mismo.

A la madre le empezó a darle por la bebida. Atendía sí y con mucho cuidado y esmero o dedicación el negocio de los mariscos, pero antes de cerrar el changarro se echaba entre pecho y espalda sus alcoholes y en ello hallaba una manera de olvidarse de

su desgracia pero también de recordar las exigencias, excitaciones o gimoteos de su cuerpo adoctrinado por Jorge en las artes si es que queremos llamarles así de la concupiscencia.

Lidia se acostaba más bien la obligaban a acostarse a las diez o a las once máximo de la noche. Y Ana llegaba a la cama una hora o dos después. Ana subía a su cuarto medio avispada y eufórica mientras su hija se hallaba ya o así lo creía o a veces sí y a veces no dormida plenamente. Hay que decir aquí que la calor en el puerto era fuerte y por tanto Lidia se acostaba desnuda las más de las veces. Cuando llegaba al cuarto la mamá veía siempre a su hija dormida como un bendito o una bendita y desnuda en posición fetal.

Un día llegó con más copas que otras veces y también con más tristeza y más inquietudes que de común. Se metió a la cama sin apagar la luz y al separar las sábanas vio a su hija desnuda de espaldas a ella mostrando su cuerpo moreno claro, sus hermosos hombros, su espalda tersa y sus caderas de suave y graciosa curvatura o tal vez sea mejor decir de plano excitantes y atractivas.

Ana continuaba siendo requerida por otros hombres pero ella se había vuelto tímida o quién sabe qué en su trato con ellos o posiblemente el recuerdo de Jorge se interponía entre ellos y su naturaleza de mujer. Se preguntaba muchas veces por qué no respondía a sus demandas, pero no tenía una respuesta clara y aunque sus deseos femeninos estaban lejos de

acallarse, la idea de sustituir al hombre de su vida por otro no le pasaba por ningún recoveco de su cabeza.

Ese día al que me refiero se quedó viendo la espalda y las cálidas redondeces que su hija lucía debajo. Las vio con cariño maternal y abrazó el deseo de acariciarlas o darles unas palmadas como tantas veces lo había hecho cuando Lidia era niña. Pero ahora al poner sus manos en aquéllas, sintió algo inexplicable pero hermoso prohibido pero inocente que no encajaba en lo puramente filial que había supuesto, sino que se alineaba más bien dentro de la sensualidad y el goce. Lidia se despertó al sentir la caricia. Iba a decir algo cuando apreció que el tacto tecleado se repetía. Iba a decir algo pero no dijo nada y no dijo nada por el temor de que la magia del placer se interrumpiera. Más bien cerró los ojos y esperó -con una de esas esperas que hacen votos de repetición- que la caricia continuara. Pero la madre se detuvo. Se quedó quieta y silenciosa y poco a poco dejó oír la respiración profunda que denuncia el acceso del organismo al primer sueño.

Dos o tres días se repitió o pareció repetirse la escena: Ana tomó nuevamente en exceso. Dejó a sus espaldas a las meseras dedicadas a la limpieza del negocio, y subió, animada y con el paso vacilante, hacia la alcoba. Volvió los ojos hacia el lecho y divisó entre las penumbras los contornos del cuerpo dormido de su hija. Se desnudó con lentitud y se detuvo frente al espejo para ver o mejor adivinar el reflejo de sus

piernas y sus brazos desvestidos. Innumerables veces preguntaba al azogue si continuaba siendo bella y deseable, pero nunca estaba segura de la respuesta del espejo. Se desnudó por completo y se metió en la cama. Trató de dormir pero una inquietud incontrolable que ella no sabía por qué pero que allí resurgía y resurgía sin cesar la arrastró a un insomnio insolente y voraz. Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que quedó de frente a las espaldas de Lidia. Extendió la mano, palpó el cuerpo de su hija, cerró los párpados, y advirtió que sus manos como si adquirieran vida propia y ya no obedecieran sus instrucciones se pusieron golosamente a recorrer los montículos templados y excitantes de su hija. Lidia salió abruptamente del sueño. E inició entonces de modo consciente el papel reservada a ella en la farsa: fingió seguir dormida. Pero la acción materna era tan, para decir lo menos, inesperada e irregular, que no podía dejar de despertarse. Había que despertarse pero no quería; había que decir: ¿qué pasa, Mamá?, pero ello hubiera significado el destronamiento del hechizo. Optó por una solución intermedia. Se dijo voy a contar hasta veinte y me despierto. Y así lo hizo. Comenzó a contar: uno, dos, tres... Mientras tanto Ana deslizaba con más ahínco y seguridad sus dedos por las curvas, las líneas, las caderas, la entrepierna de su hija. Lidia proseguía la cuenta, pero de manera mecánica y casi inconsciente, ya que su cuerpo entero junto con su mente y su voluntad se hallaba entregado a la delicia de la excitación. Ana se encontraba también fuera de sí, no sabiendo qué hacía ni a quién ni por qué. Lidia,

jadeando ligeramente, se dijo: diez y ocho, diez y nueve, veinte. Se movió y dijo: ¿Qué pasa, mamá? Ana salió de su estupor y respondió: nada Lidia. Duérmete. Ya es muy noche. Ambas mujeres estuvieron un buen rato, no obstante, sin poderse dormir. Pero después el sueño -las más de las veces todopoderoso- acabó por derrotarlas y llevárselas secuestradas a su reino.

Una semana después, Ana subió a su cuarto con más copas y desequilibrio y escalones rebeldes de escalera que nunca. Llegó a la puerta dando traspies riéndose a carcajadas, derrochando suspiros pero convirtiéndose de repente y sin decir agua va en una verdadera Magdalena. Llore que te llore, sin importarle que con ello iba a despertar como despertó a su hija, irrumpió en la alcoba, se sentó en la orilla de la cama, y no bien hubo visto a su hijita del alma despierta y a lo mejor malhumorada, le dijo que se durmiera y Lidia acató la orden, cambió de postura y reanudó un sueño que discurría por los canales de lo agradable, entretenido, placentero. Ana se fue al baño y se tardó un largo rato en lavarse la cara, untarse crema, cepillarse los dientes y ponerse la pijama de franela. Apenas se metió entre las sábanas, pensó en su difunto, se le perló la frente y alargó las manos. Lidia despertó de golpe. Pero no fue sólo un tránsito del sueño a la vigilia, sino de las brumas oníricas a la excitación, del reino inconsciente de lo agradable y neblinoso, al mundo vívido pero inconfesado de la infracción. La joven cerró de nuevo los ojos y se concentró en el

placer. Al principio, como en las otras veces, pensó que era Jorge quien la acariciaba. El Jorge de su mamá. El Jorge que ella había deseado y que murió sin saber que ella su hijastra no podía vivir sin él. La muchacha abrió las piernas y echó mano del recurso de siempre. “Cuento hasta veinte y me despierto”. Pero al llegar a veinte, y al hallarse en todo su apogeo las caricias, decidió postergar el límite. “Mejor cuento hasta cincuenta y me despierto”. Ya para entonces no pensaba en Jorge. Ya no era su padrastro quien la llevaba a ese torbellino sensorial en que se hallaba. Pero tampoco era Ana. Era un placer sin causa, sin autoría. Un placer en sí.

Por su lado, Ana se decía, como si no supiera qué acontecía en su hija, “que no despierte, que no despierte”. Cada caricia, desliz de manos, frotamiento nervioso llevaba o ella creía que llevaba una dedicatoria: a su Jorge. “Ay Jorge”, decía, y su mano se revolvía en el vello del pubis adolescente a la busca de la estría, la excitación, la humedad de su deseo. Al llegar Lidia al cuarenta y ocho, volvió a traicionar su nivel preestablecido: “cuento hasta el setenta y cinco y me despierto, ahora sí, de veras”. Pero al llegar al setenta y tres fue presa de un delirio convulso, se olvidó del todo y hacia el ochenta y cuatro -porque siguió contando mecánicamente- se dio cabalmente cuenta de que se hallaba en medio de un orgasmo inacabable y desconocido. Fue sólo entonces cuando se despertó. “He estado soñando, mamá”, dijo. Ana le

respondió: “vuelve a dormirte mijita”. Y las dos, fatigadas, durmieron, en efecto, a pierna suelta.

EL DR. NAT, UN CASO GRAVE

Tanto el autor de este texto como su protagonista principal, si entraran en explicaciones, tendrían que coincidir en una obviedad: son muchas las diferencias entre el mundo real y el mundo de los sueños. El primero es el orbe de la lógica, de las inferencias dóciles, de los silogismos de oro. Pese a sus dificultades, vacilaciones y fracasos, la razón sueña en él con tener el don de ubicuidad. El espacio y el tiempo se confabulan en todas partes para crear lo posible y lo imposible, lo casual y lo necesario. Acá todo tiene que nacer, sufrir y desaparecer. La alegría que hay en el mundo no elimina y tal vez no compensa la presencia del dolor, porque si del lado del júbilo está la risa, la embriaguez del entusiasmo y las lágrimas de agua dulce, del lado del dolor están el zarpazo y su sorpresa de sangre, las lágrimas salobres, la muerte y su puntualidad macabra. El mundo de los sueños es el de la poesía, del espacio y el tiempo inconstantes y flexibles, frívolos y juguetones. El sueño es la casa del deseo, el templo del placer, el camposanto de las normas. Aquí nos morimos y no nos morimos. Nos perdemos y nos encontramos. Tenemos la metamorfosis como pauta, lo prodigioso como regla. Fallecemos de pronto, pero nos hallamos a continuación en el ataúd haciendo el amor con nuestra amada.

El hombre había perdido la razón en sabe Dios qué circunstancias y a causa de presiones existenciales y desarreglos físicos oscuros y desconocidos para el autor. El Dr. Nat sufría un padecimiento de tal modo grave que tuvo que ser recluso -al principio con una camisa de fuerza que duplicaba su encierro- en una de las celdas reservadas a los locos furiosos. De dónde venía el Dr. Nat y qué idioma hablaba resultaban incógnitas indescifrables para los médicos. Fue hallado en la calle -presa de un severo estado catatónico- y se le arrojó a este calabozo, tras el papeleo burocrático de rigor.

El individuo enclaustrado en su mazmorra no había perdido del todo el sentido de realidad. Sabía, por ejemplo, que no gozaba de buena salud mental, que se hallaba en un manicomio y hasta que él era uno más de esos guiñapos humanos que supuestamente se aíslan de todos para someterlos a tales o cuales tratamientos curativos, pero que quizás se hace con ellos tal cosa para evitar mezclarlos con nosotros y nuestros temores, con nuestra fragilidad y nuestra cobardía.

Pero al lado de estos jirones de realidad o estos rescoldos de sensatez que se habían resistido a extinguirse, el Dr. Nat mostraba varias rarezas o conductas atípicas que evidenciaban las anomalías patógenas y las ilusiones esquizoides que padecía. El idioma que hablaba no era ni el sueco, ni el alemán, ni el hindú, ni el húngaro, ni ninguno de los idiomas

conocidos, sino una lengua inventada o improvisada a cada momento por él. El enfermo empleaba conscientemente esa lengua con un fin deliberado: que nadie lo entendiera o, mejor, que nadie lo entendiera creyendo sin embargo que algo decía. Fingía pues hablar y acomodaba sus frases sin sentido a la dinámica de la respuesta, la pregunta, el comentario, la plegaria o la injuria, para hacer creer a los otros que estaba diciendo mucho, cuando, lleno de letras, se callaba.

Siempre se había abstenido de comer alimentos exóticos y más que nada aquellos que, como los caracoles, las hormigas, los gusanos de maguey, etcétera, son considerados por los gourmet delicia del paladar y tesoro del buen gusto. Desde el primer día de su reclusión, los fármacos se le figuraron esos animalejos, y la actitud espontánea ante tales fue de repudio violento y sistemático. Su actitud de rechazo no fue correctamente interpretada por los médicos y la enfermera Margarita. Ellos creían que él se negaba a tomar sus medicamentos porque sí, por afán de desobediencia o por alguna “razón” ubicada en la arbitrariedad y el sinsentido. No caían en cuenta de que su motivo central era el asco que le producían esas píldoras, cápsulas, tabletas a las que veía como insectos, bestezuelas con ojos, antenas y patas. Este es un humilde ejemplo de cómo los psiquiatras y el personal requerido para la atención y cuidado de los enfermos, no saben introducirse casi nunca, como todos, en el código extraño, pero lleno de sentido, de

quienes han perdido en parte la razón, pero que ordenan su mundo, no exento de elementos alucinatorios, con una congruencia desconocida.

Nat tenía otra fobia: la puerta del cuartucho. Para él era una puerta gelatinosa, que había perdido la cualidad de lo compacto, de lo sólido, de tanto usarse y que, en pedazos, se pegaba a los cuerpos que la franqueaban y luchaba por irse con ellos. A veces, caminando por el calabozo, chocaba sin quererlo con la puerta. Sentía entonces que se le embarraba en el traje y el pobre hombre hacía hasta lo imposible por arrancarse con las manos y uñas las porciones de puerta semilíquida que se le habían adherido por todas partes. Como es natural, tampoco comprendían ni Margarita ni el equipo de médicos de la institución, esta resistencia a salir de su celda para ir a la ducha, al parque o a los tratamientos médicos habituales.

Pero tal vez lo que más angustiaba a nuestro demente eran los zapatos. Los vivía como una amenaza perpetua. Se escondían bajo la cama o en los cajones a la espera de devorarlo. Él lo sabía muy bien: ellos tenían las mandíbulas abiertas no sólo para engullir sus pies, sino para tragárselo poco a poco -a la manera de las boas constrictoras. Esta es la causa por la que siempre andaba descalzo, temeroso de que los zapatos volvieran a tener hambre. Sus cuidadores ¡cómo iban a entender su horror por los zapatos! Margarita y los otros simplemente veían a ésta como

otra más de sus manías o sus conductas irreflexivas, necias y antisociales.

El Dr. Nat sufría indeciblemente durante el día. Su ocupación habitual era esconderse. Que no lo hallaran las medicinas, la puerta, los zapatos y el personal del manicomio. Su escondite preferido era el lenguaje. Pero ¿cómo esconderse en una celda? Por eso, con mucha frecuencia y larga duración, cerraba los ojos y fingía ser otra persona. Afortunadamente no padecía de insomnio, y el sueño, que lo embargaba en el momento exacto en que las penumbras de la noche desplazaban a empellones a los últimos rayos del día, era su consuelo, su válvula de escape, la razón, si alguna existía, para sobrevivir.

La enfermera Margarita -tan severa de común- era muy guapa: Entre sus atributos físicos, tenía tres memorables: los ojos, los muslos y las caderas. Cuando el enfermo lograba escapar por momentos a sus temores, angustias y manías, se le quedaba mirando y mirando con la clara conciencia de un par de cosas: que la deseaba profunda y rabiosamente y que esa inclinación casi, pero sólo casi, incontrolable no podría realizarse jamás, porque, aunque él se insinuara a ella -lo cual no iba a suceder nunca- chocaría con la frialdad, el desdén y la repulsa de una mujer instalada en el lado de los otros, de los **sanos**, que no podía ver con buenos ojos a un ser que ha perdido la razón y que tenía los gestos, el desorden y la desolación de los extraviados. Margarita era, por lo

demás, la que, auxiliada por los enfermeros, le ponía a fuerzas los zapatos, le daba puntualmente sus medicinas y lo hacía atravesar la puerta para ir a la ducha.

La afición que embargaba al Dr. Nat por el sueño era totalmente comprensible. Dormir era drogarse, olvidarse del caos que crepitaba en su materia gris. Escapar de la corona de espinas del sinsentido. Dejar la prosa que se farfulla en el infierno por la poesía con que intercambian ideas las deidades.

En los sueños, él vivía las situaciones más inverosímiles, fantásticas y sin pies ni cabeza de la manera más natural, sin temor del juicio adverso de los médicos, y la violencia de la camisa de fuerza. Podía subir al metro, verbigracia, y bajarse en la estación **Tercera Edad**. Le parecía lo más normal del mundo prender la radio y escuchar la voz de Dios pidiéndole perdón al mundo.

Un día los médicos se vieron en la necesidad de darle un **Electroshock treatment**. Ni modo: resultaba necesario. Es verdad que lo calmó por completo, pero lo convirtió, por lo menos aparentemente, en una especie de pelele o fante que no podía estar de pie y que, si se sentaba o lo sentaban, tendía a acostarse y cerrar los ojos. Lo que no advirtieron los médicos ni Margarita es que en ese costal inanimado de carne se despertó un estallido onírico inusitado. Al llegar, en efecto, la noche, Nat soñó con Margarita, con **su**

Margarita. Soñó que hacía el amor, descalzo y feliz, con ella. La mujer de sus sueños era la enfermera de siempre, pero era también otra, y esa otra lo convirtió a él en otro y así **ad infinitum**. Pero esto no fue lo más fantástico y sorprendente, sino que soñó que ese sueño, lo que estaba viviendo, sintiendo, gozando en **ese** sueño, era la realidad, no la realidad de un sueño o la realidad que el soñante sueña como realidad, sino la realidad **real**, la realidad que **es**, independientemente de cómo la veamos, la consideremos o la soñamos. Era la realidad que se ocultaba en las galerías de la cosa en sí o en la X de nuestra inquisición. En general, cierto es que uno vive el sueño como si fuese lo que realmente acontece; pero no se dice: “esto que me está pasando es lo real y la vigilia, que tiene las pretensiones de ser lo verdadero, es una mera alucinación”. Así no nos hablamos en sueños. Pero él no sólo vivía el sueño, no sólo se hallaba inmerso en su vivencia onírica **como si** fuese lo cierto, al igual que cualquiera de nosotros, sino que, al tener dicha vivencia, la calificaba de real y arrojaba todo lo que no fuera su sueño al mundo de lo ilusorio, lo fantasmagórico, lo irreal. Mientras se soñaba desnudo y activo sobre el cuerpo desnudo de la enfermera, se decía a sí mismo: “Estoy haciendo el amor con Margarita. No estoy soñándolo. No es una ilusión tenida como efectiva. Margarita es una mujer amorosa, abierta a mis urgencias y atenta a mis deseos y no la enfermera rígida, distante y enemiga que no es otra cosa que una desafortunada criatura de la imaginación”.

Sus sueños eran cada vez más intensos, vívidos e invariablemente iban acompañados de la convicción de que esa y no la otra era la realidad. Se diría, entonces, que el sentido de realidad, perdido durante el día, Nat lo iba proyectando poco a poco hacia el ámbito del sueño. Con ello hubo, en el alma de nuestro hombre, una especie de conversión: el sueño ocupó el lugar de la realidad y la realidad, desplazada a codazos de su sitio, se metamorfoseó en sueño. Despertar (en la madrugada) era empezar a dormir, y dormir (en el ocaso) era comenzar a despertar. El día se había convertido en noche y la noche en día. Los fantasmas habían cambiado de lugar.

Soñó además otra cosa: no sólo que lo soñado era lo real, sino que -desde la realidad verdadera que le entregaba la prestidigitación onírica- debía **interpretar** el sueño de la realidad. Este insólito sueño, que era como la inversión del deseo de interpretar los sueños que tenemos de común, arrojó algunas consecuencias dignas de tomarse en cuenta. El Dr. Nat “analizó”, por ejemplo, en uno de sus sueños más atrevidos y realistas, su comportamiento durante el día con las medicinas amenazantes, la puerta gelatinosa y los zapatos hambrientos y llegó a la conclusión -allá, en la realidad abierta por la almohada- de que...eran en realidad elementos ajenos, exóticos, intrusos al sueño de la realidad diurna: añadidos extraños provenientes del mundo real pero nocturno de los sueños, en la forma del escurrimiento, del reflejo o de la influencia.

La realidad había cambiado de lugar, pues, para Nat. si en la noche, la imaginación y la poesía habían coloreado la realidad con mano maestra y originalidad perpetuamente renovada, aunque no exenta de penas y amarguras, mas nunca permanentes, en el día predominaban lo engañoso, lo patético, lo aplastante. Al amanecer, despierto, nuestro hombre padecía la más terrible de las pesadillas: sufría de la lógica, de lo sensato, de lo útil; lo envenenaba el acontecer natural, científico, inmodificable de los hechos. En una palabra, lo ahogaban las reglas de los hombres y las leyes de la naturaleza.

Acicateado por las exigencias nocturnas de “interpretar” el sueño **de lo real** tenido durante el día, advirtió que sus temores cotidianos a los alimentos, a la puerta, a los zapatos, eran elementos fuera de lugar, fantásticos, oníricos, “irreales” que en vez de pertenecer al día deberían ser succionados, por así decirlo, por y hacia el mundo nocturno -donde podían suceder realmente. Hizo entonces un esfuerzo, limpió de ideas fantasiosas y de temores irracionales el mundo de la realidad diurna hasta dejarla sin concesiones alucinatorias. Lo limpió hasta dejarlo como pesadilla pura, sin infracciones ni endulzamientos, como un mal sueño sin fisuras mágicas, sin imposibles, sin el escándalo de la poesía y la enfermedad de los milagros.

Los médicos estaban sorprendidos, la enfermera no daba crédito a sus ojos. El Dr. Nat se comportaba con cordura absoluta.

-Habla sin dificultad y toma, obediente, sus medicinas - dijo el médico.

-No tiene temor a la puerta y lo podemos llevar sin presiones a la ducha, al parque y a los tratamientos - añadió Margarita.

-¡Ya no anda descalzo! -comentaron, gozosos, los enfermeros.

Nat se había convertido en un enfermo ejemplar: el que lucha, sumisa, devota, pacientemente por su salud. Era un enfermo dedicado de tiempo completo a hacer sensateces, actos previsibles, conductas adecuadas. Lo excepcional estaba prohibido, las rarezas erradicadas, lo anormal vituperado. La obsesión del enfermo era que, por ninguna razón, la menor anomalía de la conducta viniera a perturbar la diurna, cotidiana e integral pesadilla de la lógica.

Entonces fue cuando lo dieron de alta.

EL DR. YEKILL AND MRS. HAYDE

El sabor de la pócima era intenso pero no desagradable. El Dr. Yekill contó los tragos: fueron diez y la copa lució vacía. Iba a relamerse la boca, como cuando niño con el vaso de leche, pero prefirió la servilleta: la sacó del cajón, y con la punta de ella eliminó los restos del líquido dulzón y espeso que había impregnado su labio superior y embarrado su bigote. Tras de ello se quedó a la espera, con todos sus sentidos a la expectativa, de lo que podría sucederle. Corrió al espejo. Imaginaba grandes cambios en el rostro, el tórax, las piernas. Escudriñándose con atención pasó media hora, o casi. Cerró los ojos, se miró hacia adentro. Tornó a abrirlos y a interrogar de nuevo al azogue. Pero nada sucedió. Nada. Ni en su cuerpo ni en su espíritu. No hubo metamorfosis alguna. Un tanto desilusionado, fue a tomar asiento. Estaba muy pensativo, cuando sonó el timbre. Y entonces tuvo lugar, sí, algo totalmente inesperado, curioso, irregular: el Dr. se levantó abruptamente de donde estaba sentado, alzó levemente ambas manos, se lanzó a una, llamémosle así, **carrerita** hacia la puerta y durante el recorrido fue emitiendo algunos sonidos entrecortados y en tono agudo. Después de abrir la puerta y dejar entrar a su esposa, volvió al sofá. “¿Qué carrerita fue esa que he hecho?” -se dijo. “¿Qué locura me invadió?”. Y se acordó del brebaje ingerido. “Que locura ni qué locura.

A lo mejor que el líquido”...Pero no estaba seguro y se olvidó del tema.

A los tres días, volvió a sentir ese cosquilleo de los órganos internos que se llama curiosidad. Fue al laboratorio. Tomó los matraces, mezcló los menjunjes y, sin contar los tragos, se echó de sopetón entre pecho y espalda el líquido verdusco preparado. Irene lo llamo desde la sala. El Dr. echó una mirada de reojo al espejo, no apreció ningún cambio; tampoco advirtió transformación alguna en sus adentros, y acudió al llamado de su esposa. Ella le anunció que iba a salir a la calle, pero que no tardaría en volver. Yekill tornó a refugiarse en el sofá de siempre. “¿Habré hecho uso - se condolía- de otras sustancias? ¿Sería otra la proporción en que debería hacer la mezcla?”. No supo responderse. Deseó ir al baño. Ahí sí descubrió, o creyó descubrir, algo nuevo: el espejo le había afinado las facciones. Su nariz era idéntica, pero más y mejor delineada. Sus ojos, si esto es posible, eran ligeramente más grandes, con una mirada inédita, de brillo aterciopelado y penetrante, como adoctrinada en la seducción. La metamorfosis era casi imperceptible: si acaso un pincelazo o un toque de remodelación. Cabía la posibilidad, además, de que todo fuera una ilusión de los sentidos o un poema de la imaginación. El Dr. Yekill dejó correr el agua y se acercó al lavamanos. Se hallaba buscando la pastilla del jabón, que quién sabe por qué no se hallaba en su sitio, cuando descubrió, entre los dos grifos del mueble, el lápiz labial olvidado por su esposa. El impulso fue

terminante. La verdad es que no supo o no le fue dable controlarlo, simplemente se dejó llevar por él y a continuación se sorprendió a sí mismo en el espejo pintándose de rojo los labios. Se sintió tan bien. Vivió su acción, enardecido y perturbado, como la realización de un deseo sepulto en lo más hondo y clandestino de su fuero interno. La delicadeza de su nueva cara le pedía el trazo carmesí necesario para su realce y exaltación. Tuvo entonces la sensación vaga de que otro yo había brotado de sus entresijos para untar en la boca de Yekill, bajo el bigote, un minúsculo pecado, juguetón, placentero e insignificante. Mas en ese momento oyó ruido en la sala y advirtió que los pasos y la voz de Irene se aproximaban al baño. Nuestro Dr., amedrentado un poco, tomó papel de baño para borrar la locura o ignominia que se había trazado; pero la zozobra que le producía la idea de que su mujer lo pudiese descubrir, hizo que, veloz, estremecidamente y con un gesto automático, tomara su pañuelo del bolsillo y se frotara fuertemente con él. Como viera en el espejo que, tras de ello, el rojo se había convertido en un rosado que tercamente se negaba a desaparecer, se humedeció los labios con agua de la llave y volvió a frotarse la boca con el pañuelo hasta sustituir el rosado que resultara del desvanecimiento del rojo, por el rosado que generara la irritación. Cuando abrió la puerta a Irene, temió lo peor. Pero ella no reparó en nada. Durante un buen rato el Dr. se preocupó por el pañuelo manchado de pintura labial que guardaba en el bolsillo. “Si lo descubre Irene -se decía- va a pensar que le fui infiel

con otra mujer o, lo peor, que...”. Y se apretaba con una mano el costado del pantalón como para impedir que su bolsillo fuera a hablar y a revelar su secreto. Conjuró rápidamente el peligro: salió prestamente de su casa y arrojó el pañuelo acusador en un cesto de basura que se hallaba en el parque.

Beber nuevamente la pócima le resultaba ahora difícil. Sentía que beber era pecar, pasar a un mundo sin prohibiciones, transformarse en algo que, estando sobrio, normal y sin la droga, le parecía aborrecible; deseable quizás.., sí, pero aborrecible.

Entre el brebaje y él se hallaba la culpa. El líquido lo atraía como cautivan a algunos, ante un despeñadero, el suicidio y su amoroso regazo. Lo atraía, pero ahora ya no le era dable dejar de tener presente los, para decir lo menos, extraños efectos de la bebida. Y esta conciencia lo arrojaba de golpe a la convicción de que la poción –este “caldo del demonio” como lo llamaba– conducía al peligroso terreno del rechazo y olvido de las normas, de los imperativos y hasta del dedo admonitivo del incienso. La culpa no se le presentaba, ya no, como el malestar **post festum**, como el arrepentimiento que no sólo quiere meter freno, sino echarse en reversa, desdecirse y cantar loas al “borrón y cuenta nueva”. En ese sentido, ya no había nada en él que pudiera identificarse en una **cruda** por el elixir. El problema no estaba en lo que le ocurría después de beber, sino en antes de hacerlo.

Varios fueron los días en que Yekill se abstuvo de pensar en el líquido, de merodear su laboratorio, de acariciar la idea de... El deseo, sin embargo, no había hecho votos de silencio. Se fortaleció, gritó acto de presencia y exigió tributos. El temor, el recelo, en fin, la culpa, tuvieron que bajar la guardia y el Dr., con la mano temblorosa, ingirió gradualmente, degustando cada sorbo, la nueva preparación.

Y ahora sí que ocurrieron cosas. Antes que nada, se rasuró el bigote: no quería ser testigo nunca más del aspecto ridículo e incoherente (indicio inaceptable de ambigüedad sexual) que había presentado su rostro cuando se pintó los labios e hizo coexistir lo femenino de la pintura con lo masculino del bigote. Se enamoró de su cara de adolescente, sin más vellos que los de las pestañas y las cejas. Entró a la recámara y se acercó a los cajones de su esposa. Se puso a remover la ropa blanca como si se hallara a la busca de un tesoro. De pronto se detuvo, exhaló un suspiro de entusiasmo y fue evidente que había dado con el objeto de su pesquisa: las pantaletas de Irene. Iba a cerrar el cajón, muy complacido ya por el descubrimiento, cuando apareció ante sus ojos, como un ave de seda con las alas desplegadas pero inmóviles, un brasier que combinaba, con la sabiduría del consejo aristotélico de la unidad en la variedad, lo opaco y lo transparente. Se lanzó entonces, con una de esas carreritas que ahora eran su especialidad, hacia la puerta de la alcoba para cerrarla con llave. Una vez hecho eso, se desnudó lenta,

voluptuosamente, jubiloso y encantado de su audacia; se puso las pantaletas y el brasier de su esposa, recorrió así, en paños menores, el cuarto varias veces, deteniéndose en ratos ante un espejo que, tradicional y habituado a dar siempre idénticos informes, no salía de su asombro por lo que, percibiendo, tenía que reproducir y comunicar. Con algo de tristeza, Yekill sintió la necesidad de tornar a vestirse. Se quitó el portabustos, lo guardó en el cajón: pero le fue imposible resistir el impulso de dejarse las pantaletas. Arrojó sus calzoncillos en la parte del ropero donde se hallaban sus pertenencias y a partir de ese momento, durante todo el día, e independientemente de que tomara del líquido o no, llevaba puestas las **panties** de su mujer.

Yekill sintió que debía cambiar de nombre en cada mutación. No podía ser el Dr. Yekill antes y el Dr. Yekill después, porque el segundo lucía diferente naturaleza que el primero. Pensó en un nombre, y proveniente de quién sabe qué pliegue de su memoria, le vino a la mente el de Hyde. Se llamaría Yekill antes de tomarse el brebaje y Hyde después. Pero sentía algo más: que, en la conversión, el puritano se transformaba en liberal, el tímido en audaz, el moral en instintivo, el señor en señora. Y así nació de la mente, la decisión y la audacia del Dr. Yekill, nada menos que Mrs. Hyde. El vesti generaba a su travesti.

Algunas semanas después. surgieron los problemas con Irene. Por una serie de actitudes -entre las que se

destacaban las **carreritas** de Yekill- ella empezó a advertir que **algo** sucedía en su esposo. La mujer no sabía que a veces se acostaba con Yekill y a veces lo hacía con Mrs. Hyde. La sorprendía que su marido quisiera ahora -no siempre, desde luego, pero sí con cada vez mayor frecuencia- hallarse en permanente búsqueda de posturas voluptuosas, murmurar, durante el acto amoroso, apasionadas locuacidades concupiscentes, desplegar descabelladas fantasías e insistir en sugerencias prohibidas, innombrables e inesperadas.

Fue entonces que hizo su aparición Robert Mumford. Una tarde, en efecto, en que conversaban Yekill e Irene en la sala, sonó el timbre. Irene abrió la puerta e hizo su aparición el marinero. Mumford, compañero de escuela de Yekill, llegaba con el prestigio de la aventura. Traía en los hombros el océano pacífico y, en su conversación se escuchaban reiteradamente palabras como arrecife, tempestad, archipiélago, marejada, remanso. Era un hombre fornido, alto, de facciones correctas y barba undosa y desparramada. Resultaba atractivo para Irene, pero también para Yekill, quien no pudo ni quiso ocultarse tal hecho.

Hablaron de mil cosas; pero la plática, aun hallándose rociada de alcohol, empezó poco a poco a languidecer o, al menos, esa fue la impresión del Yekill. Entonces éste se levantó de su sofá, pidió permiso, y salió precipitadamente de la sala hacia su laboratorio. Ahí preparó con rapidez la pócima de siempre y se la

bebió de golpe. Tornó a la reunión, pero con un estado de ánimo muy diverso: con la embriaguez de la mutación. También Irene y Mumford estaban avispados después de ingerir varias copas. Al poco tiempo resultó evidente lo que sucedía: que Mumford no despegaba la vista de Irene, lleno de deseo, que Irene no podía dejar de ver intensamente a Mumford y que Yekill -que había encarnado en Mrs. Hyde- se hallaba hipnotizado de plano por el marinero. Primero lo sugirió. Le dio muchas vueltas. Empleó durante algún tiempo la metodología del rodeo; pero después, cuando lo creyó oportuno, y las condiciones lo permitieron -con la embriaguez de todos, el relajamiento de la prudencia y el ruidoso escándalo de la sensualidad- Yekill habló de la libertad de los tres que se hallaban en la sala, de una cama sin prejuicios y abierta de brazos para recibir a quien fuese y de las promesas inagotables e insospechadas que traía consigo el **menage a trois**. Todos aceptaron por diferente causa: Irene porque se sentía enormemente atraída por los rumores del mar, Mumford porque se le había metido entre sien y sien el cuerpo espléndido, contorneado y macizo de Irene y Mrs. Hyde porque creía ver llegado el momento de hincar el diente, al fin sin reticencias, en la prohibición.

No voy a cometer la imprudencia de meterlos en la alcoba con el triángulo sensual de los infractores; pero sí subrayar varios puntos de significación para el presente relato. Antes que nada, habría que narrar el hecho de que cuando se desnudaron los tres, Yekill,

que se había olvidado de la ropa interior que llevaba de costumbre, mostró de pronto ante los otros las pantaletas de seda que velaban sus pantalones. El marinero soltó la carcajada. Y se rió no con Yekill sino de Yekill. Pero logró contenerse. Ella vio a su esposo con cierto desagrado; mas dejó de pensar en ello cuando sintió el brazo de Mumford en su cintura. Después de un momento, Yekill se sintió echo de lado. El marino no tenía la mejor inclinación homosexual. E Irene se hallaba, para hablar con exactitud, realmente exaltada. Yekill se sintió excluido. Se levantó. Farfulló quién sabe qué entre dientes y salió dando un portazo.

Días después, tras de que Irene huyó con el marinero, Yekill se quedó como dueño y señor de la casa. Incautó el vestidor de su mujer y decidió vivir como deseaba. Se empezó a vestir como mujer, a presentarse así ante todo mundo, a cultivar nuevas amistades y a tener como deidad, perpetuamente reverenciada, al principio del placer. Cada vez se veía mejor. Más alto, más atractivo, más seguro de sí. Había hecho una redada de prejuicios y los arrojó a la basura. Salió a combatir a la culpa en su madriguera. Logró desmontar los resortes ocultos del arrepentimiento. Ya no le era necesario preparar el brebaje: la conversión de Yekill a Hyde, que primero se hacía en y por las virtudes de la pócima y después de modo espontáneo, ahora se llevaba a cabo voluntariamente. Después de algún tiempo ocurrió algo inesperado: se le olvidó la fórmula del elixir. Pero ello no fue ningún obstáculo para que continuaran sus

incesantes conversiones. Hyde no podía permanecer, sin embargo, indiferente a algunos regresos de Yekill. Lo odiaba. Le producía malestar, encolerizamiento, náusea.

Tomó finalmente una decisión. Engalanó su casa, contrató una orquesta, se vistió como nunca: mostró en todo su esplendor la belleza corporal de Mrs. Hyde. Invitó a todas sus amistades. Las hizo atravesar el jardín, encabezadas por él o mejor por ella. Las llevó por los corredores y los patios y las hizo entrar en la sala donde la orquesta empezó a desgranar las notas oscurísimas de una marcha fúnebre. A mitad del salón se veía el ataúd sellado. Todos, que habían sido invitados a una fiesta, se mostraron confundidos, inquietos, asombrados.

-¿Qué sucede? -preguntaron algunos. ¿Quién ha muerto? ¿Qué pasa?

Mrs. Hyde adelantó el paso, tomó el micrófono, soltó una carcajada y canturreó:

-Los he invitado, mis amigos, a celebrar los funerales del Dr. Yekill.

LA CÁTEDRA

El Perverso vio de frente a la Mujer Normal. Descubrió el escondite de la cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones? La Mujer Normal sintió que el sudor le perlaba el impulso. Bajó los párpados. Y salió de debajo de la cama.

El Perverso insistió: ¿qué tienes contra mis manos? La Mujer Normal se limpió el polvo y se echó a llorar. El Perverso la sentó por la fuerza en sus piernas, se puso los lentes y empezó la lectura de su monografía sobre el pecado.

Un año después, la Mujer Normal se deshizo del remordimiento. No simpatizaba, sin duda, con las infracciones de tránsito. No entendía el dialecto de las exageraciones. No le soltaba las riendas a sus atrevimientos. Pero ya había organizado un círculo de estudios con sus zonas erógenas. Ya había conversado de pornografía con las yemas de sus dedos. Ya, en fin, se había decidido a cometer, sin titubeos, pecados inmortales. Y así, la Mujer Normal se fue deslizándose imperceptiblemente hacia el último cajón de la libido, hacia el relajamiento de sus negaciones, hacia la apoteosis de lo reprimido, hacia las ocho columnas del escándalo.

El Perverso la contemplaba, a todo, como el maestro ve a su pupila, la nena de sus ojos. Aplaudía.

Canturreaba victoria. Y registraba puntualmente los adelantos sensoriales de ese corazón revestido de tacto.

La Mujer Normal, sin embargo, rompió todo límite. Cohabitó con el lado más húmedo de los secretos, sedujo a sus indiferencias, escarbó en toda cama a la búsqueda del paraíso y estuvo a punto de morir, como Cleopatra, por la mordedura de un falo. El paso de la Mujer Normal aventajó al Perverso. Lo dejó muy atrás. dedicado a masturbar quién sabe qué ortodoxia.

La Perversa vio de frente al Hombre Normal. descubrió el escondite de su cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones?

LOS RODRIGUEZ PEÑALOZA

Roberto Rodríguez y Adriana Peñaloza se hallaban matrimoniados por lo civil y lo religioso. Durante los primeros meses, la pareja vivía contenta, sin una sola nube que empañara su entusiasmo. La luna de miel - una luna llena, segura de sí y enemiga a muerte del menor devaneo de oscuridad- se ostentaba como infatigable centinela de esa dicha. Pellizcos en el jardín, besos en la cocina, arrumacos en el patio y sexo en la alcoba o la ducha por lo menos tres veces a la semana. Al principio era él quien tomaba la iniciativa, mediante una serie de sorpresas aguardadas; pero ella, que era de armas tomar, poco a poco cambió su conducta, y después los dos, por partes iguales y con iniciativas en competencia, se podría decir que montaban espectáculos eróticos orquestados con exclamaciones, gemidos y jadeos que aumentaban en fuerza y velocidad a medida que se aproximaban sus dueños a los aledaños del paraíso.

Pero llegó la fatiga. El desgano vino hacer mal tercio con ellos. Las acciones, los ademanes, las palabras se convirtieron en meras piezas de un ritual cotidiano: el beso de despedida (insertado entre el desayuno y el automóvil), el “se me hace tarde para llegar a la oficina” de Roberto, o el “apúrate, mi amor” de Adriana, rodaban cada vez más desgastados y sin alma. Y luego, al medio día, las conversaciones de siempre,

los gestos consabidos, la química fracturada, los asiduos malhumores. Por la noche, un amor cada vez más racionado: los “tres días por semana” fueron constreñidos a “sólo dos” (los martes y los sábados) y por último a “un solo día” (el sábado) a una hora exacta (las diez de la noche) y con una duración invariable (media hora).

En eso estaban cuando, a sugerencia quizás del aburrimiento, decidieron organizar una fiesta para celebrar el tercer aniversario de su boda. Fueron invitados al agasajo varios matrimonios y un grupo selecto de amistades. Se contaron chistes, se cantó y algunos se pusieron a bailotear al son del ruido de moda. Y el alcohol, desde las doce de la noche, empezó a hacer de las suyas, de modo tal que mientras en la sala estaban ocho personas cantando y en el comedor siete se dedicaban a arrebatarse la palabra, dos, separadas, lloraban su desventura en el jardín y una devolvía el estómago, el estupor y la ansiedad en el baño.

Entre las parejas invitadas se podía mencionar la de Jorge Antúnez y Leticia Vargas, quienes sostenían una vieja amistad con los Rodríguez Peñaloza. A la una, Jorge advirtió que su vaso estaba vacío y, después de convencerse de que en la sala no había vodka (su bebida de esa noche), dejó a sus espaldas a Leticia - que acudía a las fiestas con el peregrino propósito, siempre fracasado, de convencer a todos que tenía buena voz -y se lanzó a la búsqueda de una botella en

la cocina. Aquí se hallaba Adriana, administrando sus ademanes de anfitriona y los blancos aleteos de su delantal. Él le murmuró que al fin la pescaba sola. Ella, fingiendo no entender, dijo hallarse preparando alguna comida para contrarrestar los efectos del alcohol. Él le musitó que estaba particularmente bella y seductora esa noche. Ella se atrincheró en su fingimiento y volvió a hablar de los bocadillos y el pastel. Él se le quedó mirando un largo rato mientras ella proseguía su labor. De pronto algo pasó en las instalaciones eléctricas. Sobrevino un apagón o un corto circuito -Jorge lo bautizó en sus adentro como una “bendición de Dios”- y se escabulló la luz de toda la casa. El hombre aprovechó ese momento, tomó suavemente de los hombros a Adriana, la estrechó contra sí, dio con su boca, y la besó varias veces. Ella, sorprendida, o tal vez no tanto, no opuso ninguna resistencia ni se acordó de que estaba en su mano ponerle un hasta aquí. Jorge, aconsejado por la oscuridad, le besaba el cuello, le pasaba los dedos por la espalda, le acariciaba los brazos desnudos y empezaba, cauta y delicadamente, a palparle los senos, cuando la luz, que gusta de huir pero también de tornar en compañía de la sorpresa, irrumpió nuevamente como si nada. Y podría decirse que volvió no sólo la luz de la casa, sino la de la conciencia de la mujer, la cual, mortificada o nerviosa o quién sabe qué, se separó de golpe de los brazos masculinos.

Adriana y Roberto al fin pudieron ir a descansar a las cuatro de la mañana. El hombre, que era víctima de

una ráfaga de bostezos, se acercó a su cama. Para arrojarse lo más pronto posible a su más caro anhelo, propinó una serie de golpecillos (de prosapia escultórica) a la sumisa almohada para darle forma de nido, trampolín o aeródromo de donde despegaría, en propulsión de sueño, su alma adormilada. Se disponía ya a dormir, cuando advirtió cierta inquietud en Adriana.

-¿Qué te pasa, mi amor? -le inquirió.

-Nada -atinó a responder ella.

-Entonces duérmete ya.

-Nada...Pero...

-Pero ¿qué?

Ella se arrojó a sus brazos. Lo estrechó rabiosamente. Y ya sea por el remordimiento de lo sucedido o porque sentía lástima de sí misma al sentirse culpable, se le humedecieron los ojos. Él insistió:

-¿Pero qué te pasa?

Hubo un silencio largo.

-Es que tengo algo que decirte. No puedo callarlo.

-Pues dilo -gruñó él.

Adriana quién sabe qué palabras usó, pero dio a entender que se trataba de Jorge y no pudiendo ocultar ya lo ocurrido, contó que, cuando se apagó la luz...

En los labios de Roberto un temblor fue identificándose y haciéndose cada vez más pronunciado. Sus mejillas enrojecieron, en sus fosas nasales se oyó el resuello de la bestezuela herida y en su mano se esbozó el intento de una bofetada. Pero no. El hombre educado que administraba sus entrañas cambió la orden hacia la serenidad y la cordura, y se conformó con sacudirla de hombros, torcerle la mano y llamarla puta. Después sobrevino la calma. Adriana, a pesar de su zozobra, fue ganada por el cansancio y acabó durmiéndose. Roberto, al escuchar la respiración profunda de su esposa, como melómano de una música incomprensible, también intentó conciliar el sueño. Pero la confesión de Adriana le daba vueltas y más vueltas en el caletre. Se sentía con ganas de no sé qué, patear a alguien, estrangularlo con una cuerda o herirlo con una tenaz navaja que entrara y saliera de la carne enemiga. Acabó, sin embargo, también durmiéndose. Pero segundos antes de dormirse, en los últimos jirones de realidad que revolotearon en torno de sus sienes, pasó por su cuerpo la corriente eléctrica de cierto aturdimiento, no desagradable del todo, y se hundió en el mundo de las tinieblas con una excitación extraña e incontrolable.

Volvió la normalidad. Adriana prometió no ver más a Jorge. Hubo cierto distanciamiento entre las dos parejas. Además, algo ocurrió entre Leticia y su esposo, no sé qué, ni está en mis manos averiguarlo,

pero ello acabó por reforzar la separación de los matrimonios.

Algún entusiasmo resurgió entre los cónyuges. Las relaciones amorosas se multiplicaron. El vienteillo que deambulaba por las habitaciones bien podría llamarse felicidad o alguno de sus sinónimos. Pero esto no fue sino una etapa transitoria. Al cabo de unos dos o tres meses, la rutina volvió a hacer acto de presencia, elevó la voz y exigió sus fueros. Y el fastidio, el hacer siempre lo mismo, el repetir idéntico libreto, dominó nuevamente la escena. Y no sólo eso sino que empezaron a surgir disgustos, portazos que dejaban la casa toda temblando, chillidos neuróticos y carreras nerviosas que bajaban o subían por la escalera. Un jueves, por ejemplo, estalló una reyerta espectacular. No sé la causa. Tal vez se había quemado la comida o no había una gota de alcohol en la casa. No sé. Pero se soltaron tal andanada de vituperios, que retumbaron los vidrios de las ventanas y se vino abajo de la pared la imagen de quién sabe qué santo.

Al día siguiente, Jorge habló por teléfono preguntado por Roberto. La sirvienta dijo que el señor había salido, pero que la señora se encontraba en casa y que si no deseaba hablar con ella. Jorge dijo que no, que hablaría después. Sin embargo, media hora más tarde, se presentó en la puerta, con el airecillo de la audacia en pleno rostro, y agredió sin misericordia al timbre. Adriana salió a abrir. Jorge le tendió más que la mano,

la trampa. Ella, un sí es no es inquieta, lo invitó a la sala. Mostrándole el sofá, le dijo:

-Espérame, ahora vuelvo.

Salió ligeramente hacia la cocina en busca de la sirvienta. Le entregó una lista enorme de productos que era necesario ir a comprar. Le dio instrucciones también para otros mandados. Y le ordenó que saliera... pero ya. Preparó rápidamente unos cocktails y tintineando a dos manos los vasos, se presentó de nuevo en la sala.

Jorge no podía disfrazar su nerviosidad. Esta fue, probablemente, la causa de su torpeza: cuando ella se aproximó, Jorge se levantó de golpe y con un movimiento del codo golpeó el brazo de Adriana e hizo que se viniera abajo el contenido de los vasos. Inmediatamente después, los dos se hallaban en el piso tratando de recoger los cristales, apresar los huidizos hielos y limpiar el alcohol derramado. Así estuvieron varios minutos. Sin decirse nada. Sólo juntos, apretados, sospechosamente inmóviles. Poco después Jorge le buscó los labios y los besó una vez y otra y otra. Adriana recibía al principio los besos pasivamente: era besada, pero no respondía, como si del lado de acá, de su boca, sus dientes y su lengua no hubiera bocanadas de deseo y torrentes de libido ensalivada. Al cabo de cierto tiempo, sin sentirlo, espontáneamente, empezó a colaborar, como si dijera: “aquí está este cuerpo, entregado de nuevo a existir, y

saliendo al encuentro del tuyo a dejarse poseer”. Para esto, las manos de Jorge recorrían, ya sin riendas, el cuerpo femenino deteniéndose y deleitándose en especial en sus secretos. Él empezó a desvestirla. Los reparos u objeciones de ella o no fueron dichos o resultaron inaudibles. Y Jorge penetró a tientas en Adriana a la búsqueda del más nervioso y huidizo de todos los orgasmos.

Por la noche, antes de la llegada de Roberto, Adriana iba y venía por su recuerdo recién nacido. Recorría punto por punto su infidelidad. Le sacaba radiografías a su pecado. Se diría un animal que se movía en su jaula de culpas. Al abrirse la puerta y entrar su esposo, ella estaba azorada y con una extraña expresión en el rostro que no pudo dejar de advertir Roberto.

-¿Qué ocurre, mi reina? -preguntó con indiferencia.

-Es que...-empezó ella a balbucir

-Tienes una cara...¿qué sucede?

Ella procesó las palabras como cuentas de un rosario, y deslizó las siguientes:

-Es que...nuevamente.

-Nuevamente ¿qué? -se empezó a inquietar el esposo.

-No. Nada. Vete.

Hubo un último intento de Adriana de ocultarlo todo, de sepultar la confidencia, de tirarle las riendas a la saliva.

-Carajo, déjate de misterios.

-Es que...de nuevo.

-¿De nuevo? -insistió él.

Y Adriana, con la voz entrecortada, le confesó todo lo ocurrido. Pero que se arrepentía. Que no lo volvería a hacer. Y que la perdonara, por lo que más quisiera. Y que no podía vivir sintiéndose sucia, ingrata, traidora.

Roberto la abofeteó. No se anduvo por las ramas. La vio de frente y la abofeteó. Se pasó gritándole horas y horas y le torció el brazo hasta tenerla doblada frente a él, como si así Adriana pudiera calibrar la altura moral de su marido y la bajeza deleznable de ella. Pero toda tempestad acaba poco a poco esfumándose. La lluvia torrencial empieza a escampar. El **allegro vivacísimo** se metamorfosea finalmente en un **adagio**.

Ya en la recámara, Roberto se detuvo de pronto, se le quedó mirando, y profirió:

-Ya me contaste lo del cabrón de Jorge. Pero no me has dicho dónde, cómo y cuándo. Dices cosas abstractas, tan generales que parecen no haber existido. Me hablas de manera tan vaga que en realidad disfrazas y ocultas las cosas. Quiero saberlo todo. Que me des la versión real, con pelos y señales, aunque ello se parezca a una mala película pornográfica.

Ella se oponía. Le parecía enfermizo, de mal gusto, contraproducente.

-Para qué quieres saber detalles? -le argumentaba. Lo que cuenta es el hecho. Lo demás no importa.

Pero él insistía:

-Comencemos -apuntaba, casi gritando- por el principio. Jorge llamó por teléfono...

Y ella se veía en la necesidad de contar paso por paso todo lo sucedido. Y cuando llegaba a ciertos pasajes, Roberto, mortificado, sudoroso, pero en éxtasis, insistía en que relatara eso una vez y otra más y otra más.

Al final del relato, Roberto, fuera de sí, la besaba apasionadamente. La acariciaba como nunca. Le abrió a su bestia las puertas de la jaula. Y ella se veía arrastrada, casi a su pesar, a un mundo enfebrecido en que finalmente lograba, al par de su esposo, momentos de placer inolvidables.

Adriana accedió a los deseos de Jorge varias veces. Después de cada una de ellas, le relataba todo a Roberto, el cual reaccionaba siempre de igual manera, aunque en **decrecendo**: la acusaba de puta, la zarandeaba, la comparaba con él (que no se nadaba con infidelidades) y, tras de una pausa, exigía, en contra de las “versiones abstractas” y las “narraciones

escapistas”, la relación concreta, detallada de “por Amor de Dios” todo lo que había ocurrido. Que si se bañaron juntos. Que si él la desvistió. Que si le acarició el vientre. Que si. Que si...En fin, el cuadro completo de la sesión erótica. Después, él empezaba a acariciarla, la desvestía y tenían relaciones cada vez más ardientes y satisfactorias.

Un día se presentó ella desolada.

-¿Qué te ocurre? -le preguntó su esposo.

-Jorge rompió conmigo. Dice que ya se enteró Leticia...y que además no soporta que yo te lo cuente todo. No quiere volverme a ver.

Roberto se quedó pensativo. Y hasta se puso contento. Durante horas, de la mano del optimismo, habló de que se les daba una nueva oportunidad y de que había que rehabilitar el matrimonio sobre bases firmes. Mencionó la necesidad de rehacer sus principios de la moral y la religión. Y, calmados, se fueron a dormir, a pacificar sus corazones, a reposar las cabezas en el más mullido de sus propósitos.

Y nuevamente el remanso y la rutina. Y el fastidio. Y los besos congelados. Y los abrazos rígidos. Fue en ese punto cuando Roberto recibió una carta de su hermano, donde éste le pedía que proporcionara alojamiento a su hijo Ricardo para que el joven pudiera estudiar en la ciudad. Roberto accedió y su sobrino hizo acto de presencia días después. El muchacho -de

17 o 18 años- interesó desde el primer día a Adriana: fue un deseo a primer reojo. Y Roberto, que no Ricardo, se dio cuenta inmediatamente de este interés.

Algunas semanas más tarde, tuvo lugar en la recámara del matrimonio el siguiente diálogo:

-Qué pareja tan triste es la nuestra, Roberto. Qué patetismo. Cuando ocurrió lo de Jorge, tú sufrías, es verdad; pero te excitabas y me hacías feliz. Y yo también a ti. Desde que se fue Jorge, estamos aparentemente tranquilos, pero vivimos una vida tediosa, sin arreglo, sin entusiasmo, sin...

-No hables más de eso -murmuró el marido. Es verdad lo que dices, pero...

-Afrontemos las cosas, mi amor. No podemos vivir sin Jorge.

-Ni con Jorge. Aquello -dijo Roberto en voz alta, pero como dirigiéndose a sí mismo- no era vida. Un pie en el dolor y el otro...

Adriana guardó silencio. Hizo un esfuerzo y volvió a tomar la palabra.:

-Roberto, ¿puedo decirlo todo, ir hasta el fondo?

-Dilo.

-Necesitamos...

-¿Necesitamos?

-Sí. Necesitamos los dos a Jorge.

-Jorge ya no vive en la ciudad.

-Entiéndeme: necesitamos a **un** Jorge.

-Te está saliendo otra vez lo puta.

-Es lo que nos hace falta, mi amor. Yo necesito a **un** Jorge porque te necesito a ti.

Roberto no atinó a decir nada. Por su cabeza pasaron quién sabe cuántas ideas. Y exclamó, con expresión dolorosamente lujuriosa:

-Ricardo.

Fue un convenio. Roberto y Adriana planearon expeditamente y casi sin palabras la seducción. El plan era sencillo. Primero, ella coquetearía con el sobrino. Usaría vestidos que dejaran ver, entrever, adivinar las pantorrillas, las caderas, los senos y desde luego los pezones. Después se insinuaría francamente y por último entraría una noche en la recámara de Ricardo. Plan sencillo en verdad, meditado en cada uno de sus pasos.

El día de la seducción, en que ella, a las doce de la noche, iba a abandonar su recámara para dirigirse a la del afortunado joven, ambos esposo se hallaban juntos, casi sin decirse palabra. Adriana se lavaba. Se peinaba. Se untaba crema. Se ponía su ropa de noche, varios lunares de perfume y una bata prácticamente invisible. Roberto no despegaba los ojos de ella. La seguía a donde quiera que iba. La esposa, resueltamente, lo besó en la boca y, tras de decirle, “después te lo cuento todo”, salió de puntitas de la recámara hacia el cuarto del sobrino.

Roberto, caminando por su alcoba, se miraba una mano primero, luego la otra. Se peinaba infinidad de veces. Pasaba frente al espejo y se detenía como buscando en la imagen un rostro que no fuera el suyo. Tomó un pañuelo. Lo dobló con exagerada lentitud. Lo puso en la bolsa de su saco. Asió un libro. Leyó mecánicamente el índice. Desmayó lentamente el brazo. Se irguió de pronto, pareció tomar una decisión grave e imprevista. Bajó precipitadamente por la escalera. Corría. Tropezaba con los muebles. Arrastraba una respiración sofocada. Con la angustia enturbiándole los ojos, tomó un frasco del botiquín. Se dirigió torpe, veloz, a la cocina. Las baldosas sintieron sus pasos inquietos, rápidos, desbordantes. Subió nuevamente. En su cara se había confundido una mueca de dolor y un rictus lujurioso. Se instaló en su lecho. Tomó unas pastillas, las disolvió en un vaso con agua. Volvió los ojos a la ventana: estaba imaginándose paso a paso, detalle a detalle, carne a carne, todo lo que pasaba en la alcoba de Ricardo. Tomó con rapidez, de golpe, el contenido del vaso. Y lenta, ceremoniosa, apasionadamente hurgó en su vientre, logró la mayor erección de toda su existencia, y se hundió en la penumbra de la muerte poco a poco, masturbándose...

METAFISICA URBANA

Llegué, como todas las mañanas, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad. Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calientitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5.15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el regaño de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase hablando muchas horas con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la

avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina, con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está como quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas

piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba. Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas. En las sienes sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el Defe sin su catedral. Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete catedral. O es como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran sus vasos por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajeron y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un “camión vacío” me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una “parada”. Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales. El presidente de la República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas de

viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a coquetear con él. A abrirle los brazos. Él, sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras...Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuabras y cuabras se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprensible, absurdamente vacíos, como si se tratara de un camión apeestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos...Me acerqué a ellas. Las invité a subir. “Las llevo a donde quieran”, les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. “Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los choferes con todo y autobuses”. Volví, cabizbajo, a mi ruta.

Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

EL BAÑO

La parte más atractiva tanto para Elena como para el sobrino era la hora del baño. Desde el momento que ella elevaba la voz cantarina de:

-¡Al baño!,

que deambulaba por los cuartos, se introducía por las rendijas de las puertas, y sabía encogerse y expandirse para atravesar por agujeros, cerraduras, corredores, y bajar paso a paso las escaleras y llegar a las orejas sensibles y entusiastas del sobrino, se abría la posibilidad cotidiana del deleite. Casi desde el principio, de modo espontáneo y de común acuerdo, el papel de los dos quedó prefigurado: ella representaba la actividad, la toma de decisiones, la voz de mando, el índice que guía, él, en cambio, se sentía obligado a jugar el papel de la pasividad, del acatamiento, de la disposición atenta y de la gozosa resignación.

Día con día, los movimientos, las palabras, las indicaciones en la sala de baño se sucedían con una regularidad obsesiva, matemática casi.

-Siéntate en el banco -ordenaba Elena.

Y apenas cumplido el deseo de su tía, el muchacho veía volar en torno suyo, como par de palomas amaestradas, las inquietantes y lechosas manos de la

hermana de su madre concentradas en la faena de privarlo de sus ropas exteriores e interiores para arrojarlo al agua de la tina, a la manera en que su madre -playa de la tibia placenta- lo depositó en el mundo. Una vez que Emigdio había sido desnudado, y el medio ambiente rozaba con sus helados dedos la epidermis delicada e invariablemente sensible del chiquillo, la tía (a quien por entonces empezó a llamar **mamá**) sumergía dos dedos en el agua -el medio y el índice- para comprobar que su temperatura, equidistante de los extremos, eliminara de golpe el calor exaltado, pusiera a raya el frío que empezaba a recorrer el cuerpo todo de Emigdio y se ubicara exactamente en el grado climático normal del paraíso. A continuación, la tía Elena, armada de la pastilla aromática del jabón, de la esponja chorreante de blancura y también de un zacate que con el tiempo se iba deshilachando y deshilachando, empezaba a frotar los hombros y las orejas del pequeño (a quien también por entonces empezó a darle el nombre de **mi hijo**). La tía tenía buen cuidado de situar su frotamiento en el punto adecuado: se trataba de evitar la irritación de la piel, pero también el roce epidérmico, la caricia superficial. La intención era limpiar, asediar la impureza rebelde, la mugre soterrada, la sola insinuación de un olor impropio y antisocial, pero sin exagerar el frotamiento ni hacerlo tan anémico y desmayado que la suciedad permaneciera en su sitio, incólume a las argucias y las amenazas del líquido enemigo armado hasta los dientes. La mano de la tía, con el tiempo, fue ganando cada vez más territorio. Se

movía con relativa libertad por todo el cuerpo de su **hijo**. La franquicia no era completa, sin embargo. La **mamá** dividía en su fuero interno el objeto de su atención purificadora en dos partes claramente diferenciadas: las zonas accesibles -que eran las más y que comprendían las piernas, los brazos, los pies, las manos, el vientre, el pecho, la cara, las orejas, la nuca y -de manera constante y minuciosa- la espalda. Y las zonas prohibidas -que eran el resto. Las manos se movían, entonces, con plena soltura y hasta elegancia, en las zonas accesibles, pero apenas se aproximaban a una de las zonas prohibidas, dislocaban un tanto el ritmo y se esforzaban por tornar a las zonas amplias y sin problemas de lo permisible.

A Elena se le ocurrió que el lugar ideal y el mejor momento para que Emigdito -así lo llamaba con frecuencia- se aprendiera de memoria las oraciones más importantes que debe saberse un buen católico, piadoso y reverente, era el salón de baño a la hora de la limpieza. De ahí que, casi sin excepción, al tiempo que pasaba su mano por la espalda o las extremidades del sobrino, decía lentamente una plegaria (el Credo, desde luego, pero también el Ave María, el Padre Nuestro, la Salve, etcétera) y obligaba al muchacho a repetir y repetir lo que machacona y retiradamente ella iba pronunciando.

-*"A ti, celestial princesa"*..., decía Elena, mientras su esponja iba y venía por la espalda del muchacho.

-*"A ti celestial princesa"*..., respondía, como un eco, la voz delgada, estridente y animosa, del sobrino.

-*"Virgen sagrada María"*..., continuaba la **madre**, sin dejar de usar la esponja o el jabón, y aproximándose peligrosamente, en ocasiones, a alguna de las zonas interdictas.

-*"Virgen sagrada María"*..., canturreaba el **hijo**, con un tono de voz en que se podía adivinar, si se aguzara el oído y se fuese perspicaz, un cierto temblorcillo que hincaba sus raíces en un deseo enigmático e innominado.

Emigdio fue adivinando poco a poco lo que sucedía en el ánimo de su tía y fue gradualmente intuyendo lo que se estaba gestando en sí mismo. Sabía que de **eso** no se podía ni se debía de hablar. No estaba seguro en qué grado su tía Elena era consciente del placer, el gusto, el frenesí que, en su sensibilidad de mujer, le producían el frotamiento, el ir y venir de su ávida mano por los arrobados consentimientos de su **hijo**, y, más que nada, del juego que comprendía la aproximación de los dedos enjabonados a alguna de las regiones corporales no permitidas, y el alejamiento rápido y el rodeo minucioso que fatalmente se producían tras de lo anterior. No estaba seguro de si ella era consciente de lo que le producía todo ello; pero se inclinaba a creer que sí, ya que un cierto júbilo desacostumbrado se manifestaba, sin poderlo controlar, en el brillo de los ojos **maternos**, en un temblor casi imperceptible de

sus fosas nasales y en un sudor, que no provenía sólo del ejercicio físico, que perlaba la punta de su nariz, sus sienes y su frente. A él, en cambio, no le cabía la menor duda de que la hora del baño le resultaba deliciosa y que no la cambiaría por nada. A medida que pasó el tiempo, Emigdio se fue inclinando a la idea de que su tía era cabalmente consciente de lo que estaba sucediendo. Una vez que arribó a esta conclusión, le encantó el pensamiento de que ambos querían lo mismo, que se habían convertido en novios, que todas las tardes, a la hora del baño, habían terminado, sin decir esta boca es mía, por ser cómplices, enamorados o quién sabe qué.

Ahora el baño duraba mucho más tiempo que antes, y los dos fingían no darse cuenta de este extraño alargamiento de la duración. Por otro lado, la enseñanza de las oraciones proseguía como antes y hasta se había incrementado, como si un velo religioso se dedicase a ocultar las perversiones que, sin ningún tipo de explicación verbal, vivían tía y sobrino.

-”A ti, celestial princesa,/ virgen sagrada María./ te ofrezco en este día”..., oraba Elena, al tiempo que, dejando de lado el zacate y la esponja, llevaba los dedos llenos de espuma y quién sabe qué intenciones a los muslos, el estómago y las ingles del muchacho.

-”Te ofrezco en este día”..., musitaba Emigdio, y contorneaba su cuerpo, haciendo ciertos movimientos inesperados y a veces intrépidos y bruscos que

podrían facilitar que su tía pasara, sin desearlo o deseándolo inconscientemente, de una zona de libre acceso a una zona prohibida.

-*"Te ofrezco en este día/ alma, vida y corazón"*, insistía Elena, alejándose del peligro, pero deseando reencontrarlo dentro de algún momento.

-*"alma, vida y corazón"*..., replicaba el sobrino, mientras sentía que esas tres partes, pero en sí mismo, aumentaban sus palpitaciones no sólo al sentir el acercamiento de las manos a las inmediaciones del sitio o los sitios en que él anhelaba advertir su atrevimiento, vivir su resolución, compartir su placer, sino al darse cuenta de los abruptos y excitantes alejamientos, tal vez cargados de culpa, de las huidizas falanges que al parecer habían insinuado el ademán pronto arrepentido de asir alguna de las más rotundas prohibiciones.

En una de esas tardes, todo parecía conjugarse para que tuviera lugar lo tantas veces deseado y tantas veces reprimido. La tía venía con un ánimo diverso, pertrechada de un ramo exuberante de vivencias novedosas. Su esponja, desde el principio, se ubicó en una de las zonas de mayor peligro y empezó a hacer un lentísimo movimiento en redor de su objeto. El niño, por su parte, se había encaramado, por así decirlo, a los peñascos de su mayor sensualidad.

Ella reinició su plegaria y dijo:

*-"alma, vida y corazón,/ en una palabra, todo mi ser./
Ya que soy todo vuestro,/ oh madre de piedad" ...*

Tras de decir esto, Elena sintió que algo estaba pasando en su cuerpo, en la entrepierna de sus audacias, ahí donde surgía el vértice del deseo, y algo así como una punzada, un choque eléctrico o un dolor agudo en su versión más placentera, desconectó su atención de todo lo que no fuese el cuerpo de su **hijo** y, sobre todo, las partes prohibidas que tachonaban, con no sé qué suciedades inmateriales, el limpiísimo cuerpo que se hallaba bajo su cuidado.

Emigdio cerró los ojos. Por más que lo intentó, no pudo deshacerse entonces de una vergüenza que quería ser y no ser, develarse y esconderse, arrojarse hacia adelante o buscar, retrocediendo, hacerse invisible. Dijo a continuación con una voz que quería dejar de ser de niño:

-"en una palabra todo mi ser"...

Ambos se quedaron perturbados. Los ojos del sobrino y los de la tía rehusaron encontrarse. Ambos fijaron la vista en el agua, en distintos lugares del agua. Él entonces tomó de nuevo la palabra, con el énfasis y la decisión de quien ahora inicia la letanía:

-"ya que soy todo vuestro, oh madre de piedad"...

Ella, por su lado, en un trastrocamiento de papeles, empezó a balbucir:

-*"ya que soy toda vuestra, digo, todo vuestro"*...

-*"oh madre de piedad"* -completo su **hijo**.

Emigdio supo en ese preciso instante de golpe -y lo supo porque lo intuía, lo inventaba, lograba ponerlo al descubierto- que no sólo le ocurría algo a su cuerpo masculino -algo inocultable, innoble, vergonzoso-, sino que, al mismo tiempo, y estaba más que vinculado con lo que a él le acaecía, también alguna cosa, invisible pero poderosísima, indemostrable pero chorreante de evidencia, le estaba ocurriendo al cuerpo diligente, nervioso, perfumado y bañado de sudor de su tía, de su **madre**.

Ella logró conquistar un cierto control. Suspiró vigorosamente, bromeó con palabras insustanciales dichas sin convicción. Hizo un esfuerzo. Se arremangó nuevamente los brazos y se limpió el agua o el sudor que había encontrado en la ranura que separaba sus senos el lugar ideal para iniciar un deslizamiento. Musitó entonces:

-*"Guardadme y defendedme como cosa vuestra./ Así sea"*.

El sobrino vio a su tía. La miró desde los calores ondulantes de su piscina. La incertidumbre abandonó,

chapoteando, los linderos de la tina. Tan supieron ambos de lo que se trataba que, cuando él borbotó, callada, desfallecientemente:

-*"como cosa vuestra"*,

y cuando ella asentó con resolución:

-*"¡Así sea!"*,

ambos, la **mamá** y el **hijo**, se quedaron, temblorosos, a la expectativa del siguiente paso.

Siguiente paso que no vino nunca porque lo impidió, tajante, definitivamente, una sucesión precipitada de sucesos -de la que sólo una cámara cinematográfica podría dar cuenta, pero que el cuentista está incapacitado para hacerlo. En efecto, en los reiterados acercamientos y alejamientos de la tina, Elena sintió de pronto que el jabón se le resbalaba de la mano y caía al suelo. Lo buscó atrás y adelante, a izquierda y derecha, con detenimiento y en todo su alrededor, y nada. La tía no se dio cuenta de que el jabón se fue a ubicar sigilosamente delante de su pie derecho. Ella, en la búsqueda minuciosa de su perfumado instrumento de trabajo, caminó hacia adelante, pisó la pastilla, perdió el equilibrio, no encontró dónde asirse, y se precipitó, cuan larga era, al lado de su sobrino.

Cayó de bruces, se golpeó salvajemente la sien en uno de los bordes de la porcelana, perdió el sentido.

Giró sobre sus talones, y en un vuelco veloz, enigmático, incomprensible, fue a dar con su cabeza en la tina, sumergiéndose en ella como absorbida por la glotonería del agua, dejando a la vista sólo su cabellera, la que flotó un momento enredada en las burbujas que, brotadas de su aliento, dejaban oír, cuando estallaban al llegar a la superficie, la desperdigada voz de la agonía.

Emigdio, temblando, tomó de los cabellos la cabeza de su tía, hizo un esfuerzo descomunal y logró sacarla del agua. Pero las fuerzas no lo ayudaron. La cabeza – que instintivamente se agarró a la tabla salvadora de una profunda bocanada de aire- se resbaló de nuevo y reinició, aunque en un proceso que acabó por ser decreciente, su fábrica de burbujas. El niño brincó espantado de la tina, saltó de un lado al otro, llamó a la servidumbre, gritó desgañitadamente. Salió desnudo de la sala de baño gimiendo, dando alaridos. Pero ya nada pudo cambiar el hecho de que su **mamá** yacía bocabajo, muerta, devorada por el agua tibia de la tina y victimada por un destino que apretó los músculos y lanzó de nuevo su zarpazo.

INDICE

Los gemelos.....	2
Pedro Ángel.....	9
Cuerpo de palabras.....	18
Una aventura.....	27
El silencio.....	41
El Dr. Nat, un caso grave.....	49
El Dr. Yekill and Mrs Hyde.....	59
Los Rodríguez-Peñaloza.....	69
La cátedra.....	71
Metafísica urbana.....	85
El baño.....	90